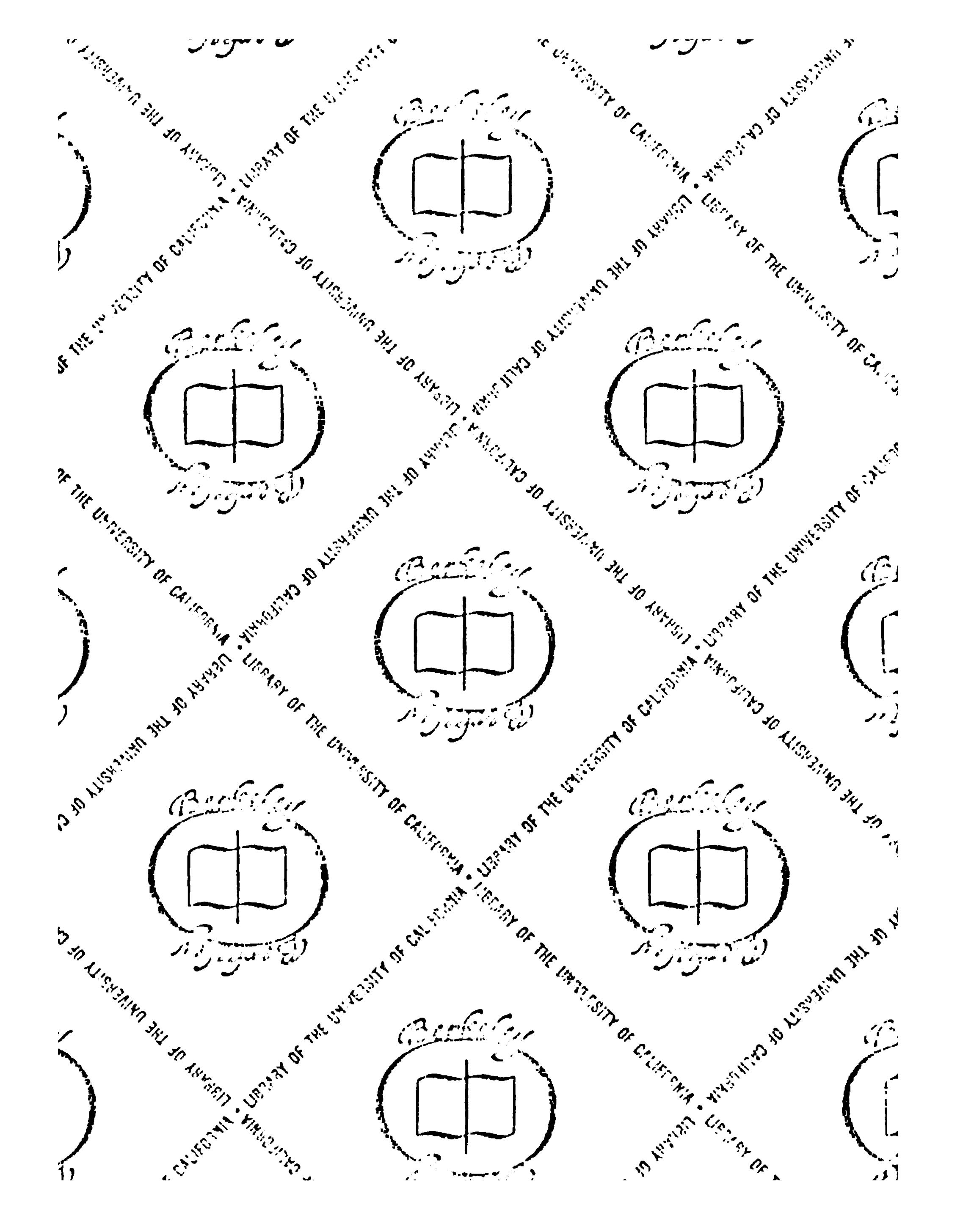
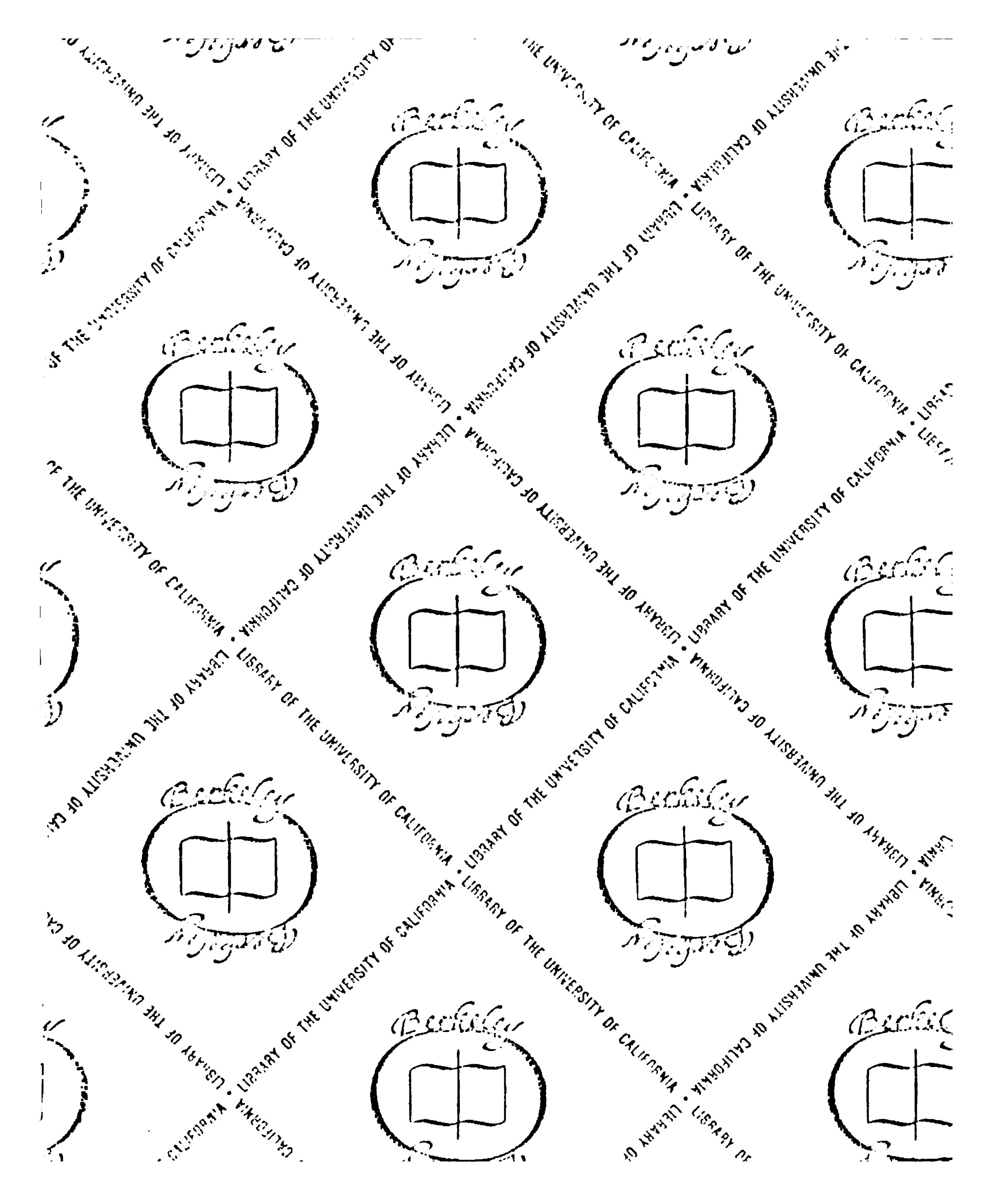

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA


LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA
Berkeley

La de los ojos color de uva



NOVELA

PUEYO
MESONERO ROMANOS
N.° 10
MADRID

LA DE LOS OJOS COLOR DE UVA

FELIPE TRIGO

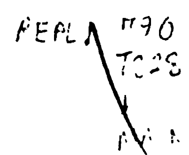
—

La de los ojos color de uva.

(NOVELA)



MADRID
LIBRERIA DE PUEYO
Mesonero Romanos, 10.
1908



MADRID.—Imp. de A. Marzo, San Hermenegildo, 32 dupdo.
Teléfono 1.977.

A ANTONIO VIÉRGOL

CARIÑOSAMENTE

FELIPE TRIGO

Esta novela, compuesta de dos, debería titularse *Las nerviosas*. Una nerviosa es Ladi, *la de los ojos color de uva*; otra Josefina, la *reveladora* gentil. Esta, del niño cuyo místico candor se abre á la vida, purísimo, hace con su alma y con su carne un futuro perverso sensual irredimible. Aquélla, virgen sabia de grandes intuiciones recogidas en «alto» ambiente social, hace con su carne y con su alma, del mozo para quien es un más bello misterio el amorque la mínima lujuria, un relapso escéptico de amor.

En este cuadro con dos *panneaux* he querido fijar por dos diversos conceptos (y se pudiera por mil) ese momento decisivo que hay en la niñez ó en la juventud de todo hombre, determinador misterioso del rumbo de su vida entera,

en su refinada voluptuosidad de la civilización moderna, en su sensualidad ardiente y sincera de la raza latina, cautivo entre las tormentosas dudas con que las filosofías extrañas hubieron de amarrarlo y de velarlo como con una túnica cilicio, constituye la esencia de las novelas de Felipe Trigo, y ocupa buena parte de sus libros de sociología y de arte. Su prosa es férvida, clara, llena de vigor, lo sobrado flexible y varia para ir desde el verismo más audaz al lirismo más alado. Menos decadente que Gabriel D'Annunzio, porque es más sincero, sólo se le asemeja en la casi inconsciente reproducción del alma propia en los protagonistas de sus obras. Jorge, el bello adolescente de *La sed de amar*; Luciano, el gentil amante de *Las Ingenuas*; Darío, el artista de *Alma en los labios*; Víctor, el escritor de *La Altísima*..., son todos personificaciones diversas del espíritu ardiente y triste, insaciado é insaciable de su creador, y que se parecen como hermanos.

Mas donde aparece principalmente la derivación flaubertiana de la obra de Felipe Trigo y el valor de su ingenio instintivo y penetrante, es en la pintura de la mujer y en el análisis de la psiquis femenina. Aparte de la protagonista, una

verdadera guirnalda de mujeres se agita en cada uno de sus libros, surgiendo de diversos ambientes; y ninguna de ellas, joven ó madura, ingenua ó corrompida, impasible ó sensual, amante gozosa ó amante dolorosa, deja de vivir vida autónoma, deja de obrar según su naturaleza, según su educación, y sin contradecirse jamás. Ante el amor, son igualmente débiles y vencidas. Ni una de la numerosa falange escapa al imperio del dios ciego; y las más honestas, las más lejanas de la pasión, después de una lucha más ó menos larga acaban por ceder á la fragilidad de su temperamento, á los deseos del amante, al arte en verdad refinado que las asedia y hechiza.

En las novelas de Felipe Trigo buscaríamos inútilmente el amor del alma de las novelas de Fogazzaro; pero buscaríamos también inútilmente la animalidad erótica de las novelas de Zola. El ideal del escritor español es el de *la verdad en la vida*; el ideal conciliado con las tendencias naturales; el ideal capaz de alimentar y de extinguir, al mismo tiempo, la llama de la pasión. Purificar los sentidos por medio del alma— he aquí su pensamiento y la demostración continua hacia la cual tiene su arte. Y esta teoría suya, junta con otras análogas, se encuentra ex-

puesta con orden y claridad en una de sus últimas obras: *El amor en la vida y en los libros.* Esta obra prueba la magnífica fecundidad de su autor, que habiendo sido invitado para inaugurar en el Ateneo de Madrid una serie de conferencias auto-críticas, «en vez de una conferencia (son sus palabras) escribió un volumen de doscientas páginas, del cual después extrajo la conferencia».

«Yo hablo—dice él—en nombre de la vida.» Y después de haber en la primera parte desarrollado diferentes opiniones acerca del amor, y en la segunda las varias manifestaciones del amor, dedica la tercera *al amor como será*... cuando la sociedad haya podido transformarse. La última parte está reservada para el estudio de la novela erótica; y en esta parte del libro se incluye la conferencia que Felipe Trigo ha intitulado: *La impotencia de la crítica ante la importancia de lo emocional en la novela moderna,* tema interesantísimo desenvuelto por el escritor con aquella elocuencia de fuego y aquella acuidad de percepción que le son particulares.

Me duele que las proporciones de mi modesto estudio no me consientan penetrar más hondamente en este libro que refleja un temperamen-

to original y libre, audaz, enemigo de toda aparcería y de toda mentira consagrada. El mismo análisis merecería la otra obra de Felipe Trigo, *Socialismo individualista*, que es una nueva aplicación de las teorías socialistas, un socialismo «aristocrático» (el único que el autor puede concebir, porque es el único conforme con su naturaleza) capaz de conciliar los intereses de la comunidad con toda la libertad natural del individuo. El espíritu de este libro resúmese en una fórmula que el autor mismo escribe en la introducción—«Es bueno y justo socialmente todo aquello que conviene al individuo.»

Felipe Trigo estudia el origen animal del socialismo examinando al hombre en el estado de barbarie primitiva; afirma la imposibilidad actual del socialismo; defiende su condición evolutiva y predice la gradual transformación, primero social y antropológica, en el sentimiento de nacionalidad, en el carácter individual, en la intelectualidad, en el amor y en los deseos; luego las otras transformaciones consecutivas, en la propiedad, en el trabajo, en la herencia, en la mujer y en la familia. Todos estos problemas son estudiados con el método y la claridad que hacen de tan fácil comprensión la prosa de Felipe

Trigo, aun cuando trata los temas más complejos. Creo que semejante libro, traducido al italiano, sería ávidamente leído y ampliamente discutido (1).

En las novelas, su estilo, sin dejar de permanecer limpio y flúido, se enriquece de imágenes poéticas, se colora de un sentimiento que pasa sin cesar desde la más exquisita esfumatura del idilio á la intensidad de la más fiera pasión; se amplifica en descripciones de una evidencia tan neta que hace temblar y palpitar; se afina en cuadros de ambiente y de paisaje que completan la mágica impresión de estar asistiendo á escenas mismas de la vida. Y sus conceptos de ética y de estética forman la trama sólida y original de sus novelas bellísimas, compuestas con aquel respeto para el arte, con aquella firmeza y con aquella amplitud de procedimiento, con aquel cuidado del detalle y aquella variedad de los ca-

(1) De algunas de las singulares teorías de este libro, se ha hecho cargo, entre otros tratadistas extranjeros, Mr: Alfredo Naquet, el autor de la ley francesa del divorcio, en su reciente obra *Colletivisme et Anarchie*. Otras, como las referentes á la condición evolutiva del socialismo y la necesidad de la militarización de los estados, han sido al fin reconocidas y proclamadas igualmente por los socialistas franceses y alemanes.—*N. del E.*

racteres y de los personajes, que van haciéndose cada vez más raros entre los autores contemporáneos y que con Flaubert, Maupassant y Paul Bourget tuvieron glorioso ejemplo.

Tal faclilidad de escribir y tal riqueza de facultades observadoras y analíticas, llevaron á Felipe Trigo quizás un poco en su primera novela *Las Ingenuas*, que ya alcanza la cuarta edición, á olvidar el sentido de las proporciones: es una larga novela en dos tomos que tal vez pudo reducirse á uno sin daño de su tesitura.

La ingenua, representa, á juicio de Felipe Trigo, la mujer que caracteriza principalmente, por cuanto se refiere al sentimiento, la evolución de la conciencia social; ella sufre la lucha de los instintos, que se le despiertan, con las viejas tradiciones que la abandonan. Llama *ingenua* el autor á su heroína, antes por compasión cariñosa que por desprecio. Son las víctimas y no saben más que sufrir porque no pueden ó no quieren llegar hasta la causa de su sufrimiento, afrontarla y vencerla—ó al menos combatirla. Alguna semejanza tienen las *ingenuas* de Felipe Trigo en las *desencantadas* de Pierre Loti; de las unas y las otras, la educación refinada ha hecho apóstatas morales. Entre todas *las ingenuas*, des-

cuella Flora, la jovencita española educada á la parisiense, instintivamente pura, mas ansiosa y curiosa del amor que le inspira al marido de su hermana. Esta es una mujer limitada y tranquila. Flora acaba por convertirse en la amante del cuñado. El proceso de tal pasión hállase conducido magistralmente; los personajes, desde el protagonista hasta los de menor importancia, viven *la verdadera vida*. Algunos episodios de guerra y de viaje por países lejanos (recuerdos de la vida del autor) prestan por algunos momentos nuevos ritmos al de esta pasión formidable.

Superior á *Las Ingenuas* me parece todavía—y ha sido dicho por muchos—*La sed de amar*: una excelentísima novela, orgánica, varia de personajes y de hechos, inundada de pasiones, triste, con esa tritsteza que proviene de una inmensa aspiración que no halla tregua.

Así Jorge, el protagonista, sediento de alma, la busca inútilmente en cuantas mujeres tropieza: en la honesta y en la impura, en la refinada y en la impetuosa, en la intelectual y en la sencilla... No sacia su inextinguible sed. Ni la extinguen tampoco las mujeres que cambian con él sus afectos, angustiadas igualmente por la

nostalgia divina. Eta es la novela de Felipe Trigo más rica de figuras femeniles, todas con tan poderosa y propia individualidad, que viven y vivirán siempre en la memoria de quien una vez haya leído el libro: Lola, la hermana de Jorge, el único cariño de su vida, y que muere como una flor arrancada; Justina, la orgullosa; Silvia, la bella; Marta, la encantadora; Rosa, la ingenua; Mercedes, la cortesana..., y otras, y otras, en situaciones bien distintas, entregadas todas plenamente, y ninguna capaz de «realizarle» el ensueño.

Estas dos novelas pertenecen al primer ciclo del autor, cuyo propósito fué estudiar en ellas—son sus palabras—la pasión, tratando de idealizarla, y demostrando al fin la imposibilidad de conseguirlo, por cuanto tiene *la pasión* de enfermo y monstruoso.

Luego, á manera de afirmación frente á tales negaciones, en *Alma en los labios* y en *La Altísima* quiso Felipe Trigo estudiar el amor verdadero, sentido y visto á través de la verdadera inteligencia, elevado al grado de sentimiento noble y apto para darle al íntegro ser humano reposo y felicidad.

Alma en los labios es la novela predilecta del

autor, que en ella ha condensado más que en otra alguna su estilo ardiente, imaginativo, elegante y sinuoso—dócil para revestir lo mismo el concepto más profundo que la emoción más fugaz. El da forma delicadísima al ideal proclamado: él de la fusión perfecta, de la ilusión con la realidad, de los sentidos con el alma, de las aspiraciones humanas de la fiebre erótica con las aspiraciones excelsas del espíritu. *Alma en los labios* es la historia de un envidiable amor entre dos artistas, Darío y Gabriela. Ella aporta la delicadeza, la gracia, la intuición, la sensibilidad, la belleza; él la profundidad, la energía, la seguridad, el dominio y la audacia. Y hasta cuando la vida con sus mistificaciones y sus errores los separa momentáneamente, se recobran plenos por la absoluta sinceridad recíproca—partes las dos de un todo armónico é indivisible.

La Altísima es la última novela, en orden de fechas, escrita por Felipe Trigo. También ha sido compuesta para el estudio del amor (no de la pasión) y de la mujer liberada (no de la ingenua).

Víctor aseméjase á Darío, el protagonista de *Alma en los labios* y Adria á Gabriela. Otras mujeres florecen por estas páginas como rosas de

un jardín; pero Adria, que ama tanto en su simplicidad; Adria, que se corta la negra cabellera hermosa por darle al amado una prueba de devoción...; la *Altísima*, recogida por él del fango como una perla caída, y salvada como Margarita Gauthier por su amor mismo, perfuma todo el libro con su alma.

«Todos mis libros—escribíame tiempos atrás el autor—expresan una noble adoración por la mujer, en una especie de armonización sistemática.» Igual que, para Francia, Bourget, Felipe Trigo se puede conceptuar para España el gran psicólogo de la pasión amorosa en sus más altas y sutiles manifestaciones.

A modo de descanso, entre una y otra de estas últimas novelas, Felipe Trigo publicaba otra que él mismo llama «fácil» y cuya acción se desarrolla en el transcurso de un largo viaje por el mar. Es un bello *racconto*, donde el autor recoge sus recuerdos. Es la vida á bordo de un gran transatlántico, y llena de incidentes, de galanterías, de amores..., como en los salones de un Hotel de lujo ó en el parque de una villa principesca. Si bien más ligeramente que en sus demás obras el autor no ha querido perder la ocasión de estudiar singularísimas figuras de mujer.

Y esta novela, y otra más breve, *Reveladoras*, editada con elegantes ilustraciones por el *Cuento Semanal*, llena de gracia y de agudísima finura, completan hasta hoy la obra de Felipe Trigo, que ya anuncia la publicación de *Los héroes* (1).



Su actividad es, como se ve, maravillosa. De libro á libro deja pasar apenas el tiempo necesario para darles forma material. La inspiración se sucede rica, fresca, inagotable en su bella mente de pensador y de poeta, y por todo reposo cambia de género. Además escribe artículos, conferencias..., y sus largas cartas son para los amigos un don precioso de ingenio que salta en chispas; de pensamiento que se abandona voluntario en múltiples consideraciones y que ama la discusión y el análisis; de sentimiento que se exhala en entusiasmos, en ensueños, en lirismos. Yo tengo la suerte de poseer un paquete de estas preciosas cartas. Forman una especie de conversación estenografiada—páginas íntimas de un diario donde su fantasía y sus creaciones se delinean

(1) *Reveladoras* forma parte del presente volumen. *Los héroes* ha sido publicada recientemente con el título *La Bruta (Héroes de ahora)*.—*N. del E.*

gradualmente; donde las espirituales confesiones del artista, del hombre, cubren las hojas de vitela con una caligrafía menuda, recta, clara, en el mismo fascinador y triunfal estilo que da tanta valía á sus libros.

Así, por él mismo, supe muchas cosas de su vida de literato. La comenzó tarde, luego que terminada su carrera errante de médico militar por las heridas que sufrió en Filipinas, fué condecorado y pudo sin preocupaciones de otra índole entregarse á los ensueños de belleza. Durante algunos años, vivió en Mérida, la histórica ciudad de Extremadura, con su gentil compañera Consuelo (nombre dulce para quien ha vivido y vive la vida de la lucha en medio de las ideas y de los hombres), y con sus hijos. Enamorado de Italia, á la cual no conoce aún íntimamente sino por su divino reflejo de gloria, Felipe Trigo complacíase evocándola en el triunfal Arco-Trajano y en los acueductos y anfiteatros de *Emerita Augusta*. En su biblioteca figuran bien amadas las obras del Dante, Ariosto, Machiavelo, Leopardi, y entre los modernos italianos prefiere á De Amicis y á D'Annunzio. Experto en nuestra lengua clásica, también la francesa le es familiar,—y además conoce la música lo bastante para arrancarle

á su violín, como un suspiro hacia Italia, los melodiosos acordes de *Cavallería Rusticana* y de la *Tosca*.

Pero después de publicar su primera novela *Las Ingenuas*, aparecida en 1901, la notoriedad de Felipe Trigo estalló tan rápidamente sobre el público aplauso, que vióse obligado, para vigilar de cerca la difusión de sus libros, á trasladarse á Madrid, donde actualmente vive con su familia y sin haber cambiado lo más mínimo sus hábitos de trabajador. Acaba de pasar los cuarenta años, y tiene, pues, delante, un largo camino de fecundidad en el que habrá de seguir enriqueciendo la literatura española con nuevas y privilegiadas obras. Si en Italia un buen editor emprendiese la tarea de divulgar, traducidos, los libros de Felipe Trigo, tendría en su compaña la fortuna, ya que el arte de este novelista, fundado en el estudio de la más poderosa entre las pasiones y de las más ansiada, calumniada y discutida mitad del género humano, no es un arte que confine con la moda ó cuadre sólo en algún rincón del mundo, sino que es arte universal y eterno.

JOLANDA.



I

El expreso entró, veloz, ruidoso sobre las plataformas giratorias, triunfal con sus dos máquinas y su larga hilada de primeras y berlinas atestados de gentes elegantes, pareciendo como que iba á cruzar también esta estación sin detenerse, entre los mercancías y el mixto que le habían dejado libre el centro, entre el público que aguardaría su paso de centella en el andén...; pero, de pronto, con un rápido y poderoso refrenar de marcha, que le dió á Ricardo angustias del estómago y que le dejó caer encima el atamantas, se detuvo en firme, en seco, en crudo... ¡Coquetería de maquinistas de expreso!

Y se oyó fuera:

—¡Cabezón de la Sal! ¡Cambio de tren para Avilés! ¡Cinco minutos!

Abriéronse las puertas. Rodaron equipajes. Cogió Ricardo su maleta, en una mano, su portamantas en otra, y cruzó á la vía de enfrente. Había saludado con una desdeñosa inclinación á los antipáticos y fatuos compañeros del coche que acababa de dejar—un general y su señora, tres viejas inglesas y dos sujetos con fachas de *crupiers*, llenos de brillantes—, y trataba ahora de buscarse más grata compañía.

Por suerte, este tren corto de Avilés no iba tan abarrotado de «elegancias». Había incluso compartimientos sin nadie, donde pudiera dormir, desquitándose por fin un poco de la fatiga de aquel medio metro de asiento en que vino toda la noche y el día. Le hubiese siquiera parecido esto una soportable intimidad de buen tono, un augurio feliz de veraneo, si al menos le hubiesen cabido en suerte mujeres guapas... Descubrió dos, jóvenes, elegantes, con su madre, en un primera, y subió. ¡Ya dormiría en el hotel! ¡Para lo que faltaba de viaje!

Instaló en la red su maleta, su atamantas. No



había tenido ocasión de saludar á las viajeras, porque aunque las descubrió en las ventanillas del lado del expreso, justamente cuando él se dirigía á abrir la portezuela se fueron á las ventanillas opuestas para ver otro tren descendente que llegaba. El barullo era grande en los andenes. Los mozos volvían á gritar cambios y salidas. Los vendedores agua, gaseosas y periódicos...

Partió el expreso. Partió luego el otro tren. Cruzaron el coche tan con la avidez de verlos las compañeras de Ricardo, en esa eléctrica crispatura que todo el mundo sufre en las estaciones concurridas, que ni le advirtieron, sino en fugaces é indiferentes miradas, ni le dieron ocasión de saludarlas. Por último, partió también el *corto*; y como las elegantes viajeras se habían quedado en el otro extremo, sentáronse allí las tres, lejos de Ricardo, diagonalmente opuesta á él la mamá, y frente á la mamá las dos jóvenes..., mirando al exterior y charlando del paisaje.

Bien. Ricardo compúsose una actitud de distinguido abandono y se confió al tiempo, sacando y poniéndose á leer *El Imparcial*. Sin embargo, las miraba de reojo, acechando el instante en que ellas,

volvieran su atención al interior y le facilitasen la oportunidad de una cortés reverencia. Era un psicólogo. El sabía ir, y por lo general sin equivocarse, delante de los hechos. Preveía las situaciones. Entre amigos, ó en un corro cualquiera de personas, solía tener la adivinación, muchas veces dolorosa, y por lo menos siempre molesta—porque le quitaba la emoción de lo imprevisto—, de lo que iba á ir sucediendo. Sobre todo, en los trances habituales de la vida.

Estas, naturalmente, tan pronto como les pasara la curiosidad del paisaje, que era bello, porque corrían por un valle de pomaredas y maizales, se pondrían á examinarle á él, á su equipaje... y entonces... Pero sintió un punzazo de inquietud: su equipaje..., su manta vieja, descolorida, tenía arrancada toda una tanda de cordoncillos del fleco... La estaba viendo enfrente..., es decir, donde la verían mejor las muchachas. Se levantó y la volvió, medio ocultándola, además, tras la maleta—que aunque barata y de lona, era nueva.

Y aprovechando la maniobra se quedó esta vez junto á la ventanilla en la diagonal de las jóvenes.

Charlaban, charlaban ellas... y el tren corría velo-

cisimo. Ya no miraban al paisaje, pero tampoco á él, en una despreocupación tan absoluta como si fuesen solas, ó como si el compañero de viaje fuese un revisor ó un lampista que hubiese entrado para arreglar el farol y bajarse en la próxima estación.

Entre ambas jóvenes había alguna diferencia de edad. Una, ya madurita, no andaría lejos de los veintiocho años, y era decididamente fea, aunque con una fealdad llena de graciosísima expresión en su viveza de charladora implacable; su cuerpo además, de correctas esbelteces, y su cabello castaño y sedoso, así como su tez limpia y fresca, disculpaban la imperfección de sus facciones, en las cuales delatábase una confianza de sí propia, de su seguridad de agradar, debida probablemente á su travesura, á su ingenio sarcástico y temible...; ella, en efecto, recordando y nombrando amigas, sostenía la conversación con pullas que hacían reir á su madre y á su hermana...

¡Oh, pero ésta, su hermana..., qué encanto de chiquilla!... No se le parecía en nada absolutamente; diez y siete, diez y ocho años á lo más; pelo obscuro, francamente dorado, sin embargo, á la tras-

lumbre del sol, que ya muy bajo entraba con la brisa por la ventana abierta; los ojos, de color de uva, muy grandes y con las niñas muy grandes..., como ojos de muñeca fina: cara, en fin, de apasionada, de ardiente, con una sensualidad tremenda en su corta nariz carnosa y en sus labios de escarlata viva que humedecía á menudo una aguda lengua de coral. No muy alta, era un prodigio de macicez de pecho y de caderas..., y sus gualdos zapatillos dejaban ver, bajo el borde de la falda verde nilo, la calada seda de una media estiradísima, verde nilo también, color idéntico al de aquellas grandes, tan grandes, al de aquellas inmensas pupilas de sus ojos, y que tan bien le armonizaba con la blancura de la piel.

¡Qué encanto... qué encanto de muchacha!

No daban idea de estirpe aristocrática, en ella ni en las otras dos, las claras telas sencillas de sus trajes; mas sí el corte de estos trajes, en su misma sencillez, el desenfado de los ademanes y, principalmente, los brillantes que en las orejas y en las manos llevaba la mamá y lo pulidos y cuidados de los dientes y las uñas de las hijas. Por lo demás, iban sin equipaje en el coche; apenas un cabá cada

una y una escarcela la madre. colgando de la muñeca.

¿Marquesas? ¿Condesas?... ¿Qué serían estas mujeres?... Olían á *astris*, á *ideal*, á *exótico* tenuemente, intensamente perfumadas.

La voz de la graciosa fea, clarísima, y maldito si contenida por la presencia de un extraño, le fué enterando de cosas: primero el nombre de la hermanita, Eladia; luego, de que tenían carruaje y palacio en Madrid... puesto que habló «del jardín de casa» y «la cochera»...; y últimamente deploraban todas la ocurrencia del papá de haber comprado esta *villa* en Asturias, con lo que tendrían que despedirse de sus veranos de San Sebastián y de Biarritz.

—Mira, le prendemos fuego. Yo pongo el petróleo y tú, Eladia, la mecha, ¿quieres?

—No. ¡Yo pongo el petróleo y todo!

—¡Niñas, niñas! ¡Que sois capaces!...—amonestó mal riéndose la madre.

El tren paró en una pequeña estación. Caía del lado de Ricardo, y fué á asomarse la «fea graciosa». La oportunidad, pues, para el saludo...

Mas no. La «fea graciosa» cruzó por delante de él sin mirarle, sin aceptar siquiera la ventanilla del

centro, cuyo acceso facilitó Ricardo recogiendo en la alfombra los piés. Miró ella por la del asiento frontero y le dijo á su hermana:

—Oye, oye, ven. Otro palomar exactamente como el de antes... ¿Te acuerdas?

Acudió la joven, y ésta si miró por la ventana del centro—sólo que sin agradecerle á Ricardo la nueva recogida de pies ni con la más leve atención de aquellos ojos que parecían tener por dentro, ardiendo, una esmeralda... Y Ricardo se enojó, reconociendo en su fantasía de poeta, sin embargo, la exactitud de la comparación galante: los ojos, los inmensos ojos de «Eladia» parecían éso, dos globos de perla que trasluciesen una llama verde... Ojos de ajenjo con agua.

—Oye, oye, atiende, Eladia, escucha, mira... ¡y un mirlo también bajo el reloj!

—¡Pues sí, y un mirlo! ¿Has visto, mamá?... Ven, ¡verás!

Y la mamá, gruesa, perezosa, comentó desde su asiento:

—¡Todas las estaciones chicas se parecen!

Volvió el tren á marchar. Volvieron á su sitio las jóvenes, y Ricardo, con ganas de fumar, se contenía.

Ignoraba si constituiría grave falta fumar delante de estas damas. Por primera vez en su vida hallábase en la solitaria comunión de un recinto con duquesas, con marquesas, ó lo que fuesen ellas... Se hacía un lío... Pensaba que tal vez incurrió ya en una falta de educación imperdonable no habiéndolas saludado al entrar, aunque no le estuviesen mirando por hallarse distraídas...

Y corría el tren, y charlaban las viajeras, riendo sin cesar, estrepitosamente, con alegría de pájaros, ó de personas tan felices como pájaros; y una hora después habíase convertido en obsesión el ansia de fumar de Ricardo.—«¡Qué diablo, con las ventanas abiertas—pensó—, y después que ellas me hacen tanto caso!...»

Sacó tímidamente la petaca, y de la petaca un pitillo. Tímidamente, porque, aparte su inseguridad de si no iría á hacer una sandez, la petaca, rozada por los bordes, era de una abominable badana de dos pesetas, roja como el pimentón... Pero acabó de decidirse; justamente, si había estado antes torpe y grosero, la petición de permiso para el cigarro le disculparía... Tomó ánimo, pues; se inclinó, se quitó la gorra y preguntó:

—¿Molesta á ustedes que fume?

Se quedó esperando. Se quedaron ellas mirando. No debían de haberle entendido, porque una mucosidad le había velado la voz en la garganta.

—¿Qué?—inquirió la «fea graciosa».

—¡Que si me permiten que fume!—repitió después de carraspear para hablar más claro—. ¡Que si el humo no las molestaría!

Ellas se miraron, cambiando una levísima risita; y volvió á decir la «fea»:

—No. No nos molesta.

—¡Encant... ¡Gracias!

Encendió Ricardo, más rojo que la cabeza del mixto, aunque otra vez en el total descuido de las damas. No había podido interpretar sus sonrisitas; y si bien el tono de la «fea graciosa» tuvo cierta sequedad, no había estado exento de una dignidad cancilleresca que le puso en trance de contestar una sandez: por ser fino, por mostrarse al tanto de las elegancias madrileñas, á poco más si no suelta un *¡Encantado!*..., que le habría caído á un permiso de fumar como á un santo... como á un gato un miriñaque.—¡Bah, él... un insumiso mental que hasta

para sus meditaciones rechazaba frases hechas y tranquillos!

Sonrió, sorprendiéndose en tales tonterías. Indudablemente, un hombre de talento necesita ser tonto, por lo menos la mitad. Y más conciliado con sí mismo, pero no avenido á pasar como un *quidam* ante las viajeras elegantes, sacó de los bolsillos un par de revistas ilustradas, con un número, entre ellas, de *El Cuento Semanal*; y las hojeó un minuto, tendiéndolas después bien visibles á su lado... Le servirían, quizá, para incitar á las señoras á mirarlas; y se las ofrecería él... Le servirían de todos modos para que ellas, siquiera, advirtiesen que él era el ostentado en la caricatura del *Cuento*...

—Bueno, mira, tú, al llegar á Oviedo, me vas á hacer el favor de ser quien le dé hoy el brazo á doña Marga.

¿Cómo á Oviedo?... Ricardo no comprendía. Ya antes hablaron también de «llegar á Oviedo», por donde hubo pasado él hacía cuatro horas y de donde seguían alejándose— ó no estaba él informado de la geografía asturiana. Pretenderían acaso regresar desde Avilés, en automóvil. ¡Sólo que no!... Continuaban ellas refiriéndose á Oviedo, consul-

tando sus relojes de pulsera y afirmando que les faltaría, para llegar, muy poco... Tendrían tiempo de cenar con doña Marga, de vestirse y de asistir á la función de la compañía Guerrero en el *Teatro Campcamor*... ¡Ah! ¿Prodigios de automóvil... ó sería que en la confusión de trenes había tomado él otro de retorno á Oviedo y no el corto de Avilés?... La duda le inquietó. Lo hubiese preguntado á no temer que, en la efectiva equivocación, se le riesen como de un paleto. Se abstuvo. Esperó la nueva parada de una estación, y bajándose del coche, se lo preguntó á un empleado:

—Oiga, este tren, ¿no va á Avilés?

—Sí, señor!—le respondió al paso y breve el empleado, que llevaba la manos llenas de facturas.

Volvióse al compartimiento, tranquillo, pensando en el todo señor automóvil que transportase después á estas damas.

Por lo demás, ellas, siempre con sus charlas y sus risas, cuya dirección de maligno encanto llevaba la amenísima «fea», ni le mostraban más atención que al principio, ni se habían fijado en *El Cuento Semanal*.

Ricardo se conformó. Era un psicólogo. Ocurríale

aquí, con tales aristócratas, exactamente igual que allá en Madrid, en el Español, cuando iba con butacas del periódico. Ni por casualidad le pagaban una vez la avidez de sus gemelos los gemelos de los palcos.

Sin embargo, aristócrata él también, del talento, perdonaba generoso unos desdenes en que no le hería jamás la burda y grotesca ineducación de las burguesas del tranvía... ¡Oh, cuánto recordaba Ricardo, el poeta, el periodista con cien pesetas al mes y pantalón con rodilleras, á aquellas buenas burguesas que no podían sufrir la admiración de un humilde sin un gesto en vuelta de espaldas que le dijese á las gentes:—*¿Eh?... Miren qué pelagatos se atreve á querer enamorarme... ¡Puah!*

Sí, estas otras, las verdaderas aristócratas, sabían ostentar su indiferencia no grosera ni ofensiva. Dijérase que se dejaban ver sin ver á los que no eran de su clase. Y semejante desdén, legítimo en fin de cuentas, bien podía perdonarlo el poeta, el fastuoso, el gran duque de la imaginación que en sus alcázares de ensueño tendría tanto que perdonarles quizá, si las tratase, á ellas mismas.—*Suum quique*—como dijo alguien más sabio en latín que

Ricardo, que no sabía ninguno, por más que se ofreciese la frasecilla en consuelo.

El tren cruzó por debajo de un puente. Quedaban atrás los terraplenes de un ferrocarril minero, á juzgar por el negro balasto, y el panorama se abria más cada vez en esa llana frescura de horizontes que indica la proximidad del mar.

—Oye, Nita... ¡otra línea transversal!... ¿Te has fijado?

Nita, á quien por fin nombraba mimosamente Eladia, miró por el vidrio y mostró sorpresa.

—¡Es verdad!... Lo mismo, lo mismo que el de antes cerca de Avilés! Pero ¿no estás viendo, tita Encarna?

—Toda Asturias es igual... y ¡aburridísima!—comentó breve la señora (que no era, por la cuenta, madre de las dos), volviendo displicente la cabeza.

Pero Ricardo sospechó esta vez una cosa divertida; que fuesen las orgullosas y distinguidísimas damas las que, procedentes de Avilés, con ánimo de ir á Oviedo, regresaban al punto de partida lindamente... por no haberse mudado de tren, por no haber advertido que en éste no hizo sino cambiar de cabeza á cola la máquina, y por... tener á menos

dirigirle la palabra á un compañero de viaje que quizás las hubiese sacado á tiempo del error.—Y se alegró y deseó que fuera así, para tener derecho á reirse un poco cuando al fin «cayesen de la burra».

Ahora sí que le placía la frase hecha!

Mas eran tan aturdidas, que ¡nada!... charla que te charla otra vez, apenas perdióse la línea transversal entre arboledas.

No obstante, gozábase en el pequeño mal, sin rencores, con la nimia y secreta complacencia, únicamente, de poder irlas contemplando en ridículo. Su simpatía, á pesar de todo, iba á ellas. El corazón, con la suprema fuerza que sabe decir estas cosas, por encima de no importa cuáles absurdos sociales, decíale cuán era lástima enorme que las damas del dinero y la belleza ignorasen cómo pudiesen los pobres poetas adorarlas mejor que sus condes y marqueses. Ellas tenían la gracia, y tenían para su beldad entera el exquisito cuidado de diosas que no pueden tener las demás; y ellos, en cambio, los poetas, solamente los poetas, el tesoro de delicadezas y ternuras capaz de envolverlas en cielo. Por eso, y no por avaricias ni tontas vanidades, había en las entrañas mismas de Ricardo una impulsión tan in-

tuitiva y formidable como inocente hacia las aristócratas...; ¡hacia las princesas; hacia las marquesas; hacia las bellas damas distinguidas!

Pero una impulsión modesta y dulcemente resignada, como una ilusión de imposible que no llegaba ni á tomar forma de esperanza. Si aún hubiese tenido dudas su humildad, harto se las habría desvanecido este su primer viaje *de buen tono*..., este su primer lanzamiento al mundo elegante de las playas, en un convoy de lujo y en la estrecha vecindad de un vagón con aristócratas: ¡maldito el caso que le hacían!

Y reflexionaba—según el tren, por las trazas, puesto que ya se veían brumas como de mar no lejos, se iba acercando á su destino. En lugar de veinte duros al mes, disfrutaba, desde el anterior, cuarenta, gracias á un ascenso inesperado y altamente halagador para su aptitud de periodista. No hacía un año aún, que estaba de risible aldeano licenciado en letras en su aldea extremeña, bien lejos de creer que fuese á venir jamás en estos trenes fastuosos con estas gentes de fuste, en calidad asimismo de veraneante más ó menos distinguido..., pero en el grupo, en el conjunto de ellos, siquiera.—No podía

quejarse del cambio... por mucho que le sintieran extraño estas gentes!... Y bendecía al cacique aquel de su provincia que le llevó á Madrid, que le metió de *colilla* aunque fuese en el periódico, donde se había captado á fuerza de talento y de trabajo la estimación del director. Al ascenderle, relevándole del reporterismo menudo, le habían consagrado cronista, enviándole á estas playas...

Corría ligeramente el tren, torciéndose. Por un lado, en la llanura brumosa, se empezaron á mostrar faluchos y lanchones en un canal..., en la ría. ¡Ya sí que no podrían dudar de su equivocación las señoras!

—Pero... ¡calla!—dijo de pronto Eladia, toda asombro.—¡Barcos! ¿Cómo es posible?

Las tres miraron. No lejos se descubría Avilés.

—Pero... hija... ¿cómo es posible??

—¡Cómo es posible!

Se habían puesto de pie y se interrogaban con los ojos.

—Pero, ¿cómo es posible?

—¿Dónde estamos, entonces?

—¿Dónde estamos?

Ricardo intervino, fingiendo no haberse percatado de la *palstada* de ellas:

—Señoras... en Avilés.

—¡En Avilés!—rechazó aún la «fea graciosa», mientras las otras seguían mirándose.—Pero... ¡si no puede ser! ¡Si nosotras vamos á Oviedo! ¡Si salimos de Avilés á medio día!

—Pues... nada, ¡en Avilés!—insistió Ricardo, de pie también, contento de esta como familiaridad repentina que los tenía en corro junto á las ventanas á un mismo lado del coche. — Sin duda las señoras, en Cabezón de la Sal, por no haber cambiado de tren..., sin duda...

—Ah... pero ¿había que cambiar de tren?

—Naturalmente. A éste no hicieron más que ponerle la misma máquina á la cola.

—¡A la cola!... Eso! ¡Para traernos á Avilés de nuevo!... Y ¿por qué no lo avisaron? ¡Qué estúpidos!

—¡Qué empleados tan estúpidos!

—Sí, señora, son unos estúpidos.

Habían resuelto ellas su recíproco mirarse en una carcajada. Hablaron de «reclamación», y se encogieron de hombros—dedicadas, otra vez en su extremo del coche, á reirse del suceso y de ellas mis-

mas. Luego comentaron largamente el plantón de doña Marga, esperándolas. Y el tren silbaba, llegando á la estación.

Tan pronto como se detuvo, las tres damas, de cuyo lado caía el andén, salieron del vagón y se confundieron con la gente—sin haberse despedido de Ricardo.

—«¡Oh, las orgullosas!—pensaba éste con su maleta en una mano y su manta en la otra.—¡Me alegro! ¡Que se amuelen!»

Y todavía, unos minutos después, conducido en un ómnibus á la estación de Salinas, por entre la ría que no era más que un canal insignificante y un bello paseo de jardines lleno de arcos y faroles de papel, como para una fiesta, perdonaba, en gracia á los ojos color de uva de la joven, la indiferencia descortés de estas damas aristocráticas, que sabían, al menos, ser indiferentes y aun descorteses con naturalidad, con aplomo, con suprema distinción..., sin los ridículos y groseros aspavientos de las buenas burguesas del tranvía.

¡Benditas de Dios! ¿Cuál sería, de estas de Avilés, la *villa* á que querían prenderle fuego con petróleo?...

—¡¡Ese!!—inquirió Ladi en extrañeza.

—¡¡¡Ese!!!—rechazó Nita con asombro, burlona,—¡Bien, tal vez!... Los periódicos no mandan á estas playas más que mamarrachos!... ¡Si fuese á San Sebastián!

—¡Pues ése!—recogió bravamente el palentino comprendiendo que el odio de las distinguidas madrileñas, y de todas las excluídas de la crónica, caía excesivo sobre el esquivo y solitario joven por un disimulo de desprecios á Lorenza. Y añadió:—Cuando menos una camarera de la fonda, esta mañana, al verlo yo tomar abajo el café, me dijo que es periodista.

—¡Miradle, miradle!... ¡Allí viene!

Le había descubierto Ladi, que se quedó, igual que los demás, contemplándole. Estaba lejos, el periodista—Ricardo. Venía siguiendo el borde de la playa y cogiendo conchas. Llegó á las casetas. Cruzó. Miró un instante á los que así le miraban. En el corro, creyeron advertir algunas que sonrió—figurándose él, indudablemente, que porque hubiesen leído ya su artículo le consideraba con curiosidad este grupo distinguido que antes no se curó de él para nada. Pasó... Pasó... perdiéndose tras un rús-

tico hotelillo, tras un pinar, siempre por la orilla del agua y buscando conchas.

No faltó quien propusiera llamarle, á fin de darle gracias por el artículo y para entablar relaciones Un redactor de *El Liberal*, nada menos, no podía ser un pelagatos...

Pero dominó la prudencia, y se limitaron en la juvenil tertulia, á tiempo que empezaban otro vals los *tziganos*, á ir poco á poco concediendo que, si bien algo extravagante con su pequeña estatura, con su media melena y su bigotillo negrísimo y áspero en su palidez ictérica y morena de hombre enfermo, no estaba mal el *negligé* de su panamá y de su traje, con zapatos de buen corte, con bonitos calcetines, con su chaqueta de alpaca y su pantalón de dril *kaki* arremangado...

—Bueno, pero eso...—dijo Ladi asaz ingenua,—ustedes los hombres son los que nos lo deben presentar en la tertulia. ¿No le conoce, León?

—No. Creo que no... ¡Cuando menos no es el *Sastre del Campillo!*...

—A ver, á ver ¿cómo se firma?

—*Calcedonia*.

—Firma nueva. Yo leo siempre *El Liberal*.

zado á un destino de feliz eternidad...: porque si la viva y aún impaciente aspiración de toda novia es casarse, claro es que no había de quedar la boda por él.

«No, no por ambición... y bien lo sabes TU—sonrióse en confesión al Dios del cielo, en quien hoy creía—, sino por dignidad de aristocracias: la de su estirpe y la de mi corazón y de mi frente, la de su belleza y la de mi ensueño!»

Hecha esta depuración de sus ansias, púsose á evocar aquellas rivalidades del principio. Al día siguiente de llegar, se las encontró aquí, en Salinas, inesperadamente; y lo sintió; él las suponía en Avilés; hubiese preferido no verlas más..., mal augurio para la sociedad del balneario si recordasen quizá el fleco pelado de la manta. ¡Bah, y tánto! ¡Psicólogo!... Aunque en otras esferas, allá en sus años de estudios de Sevilla, había tenido novias de sobra..., pudiendo ya saber ahora que todos los espíritus de mujer son iguales en el fondo, hidalgas ó plebeyas; por una pequeñez de ridículo puede hundirse todo un alcázar de ilusiones, y aun la posibilidad del alcázar... Este fué su rencor, su miedo á Ladi, á Nita, enorme, por si se fijaron en la manta y en la vieja

petaca guinda que ya reposaba en el mar. Tal miedo, y sus desconfianzas de «hombre sociable»—puesto que sus novias sevillanas hiciéronle hasta sus dramas de honor en la soledad de la noche y por las rejas—, le impulsaron, en los primeros días, con una suerte de respeto invencible también á las damas altaneras, á distanciarse sistemáticamente del grupo que las tenía como emperatrices proclamadas. No habló con nadie; paseó solo; creyó incluso notar que se le miraba con burla... y maldecía la manta. Renegaba al propio tiempo de la fina lengua de puñal de Nita, sospechando que la «graciosa fea», cuando él cruzaba á la vista de la terraza, les serviese á todos chistes de la carne de él hecha tiras... Y por ello, rabioso, sin sentir la menor admiración hacia la sosa Lorenza preciosa ni hacia la rubia de Cuenca, en la primera crónica enviada á *El Liberal* les compuso á ambas aquella «innominada» y bella fantasía. Así, el periodista, desde la alta torre del periódico, que dominaba á España, les pagaba en moneda igual á «las altivas aristócratas»—probándolas que le podían pasar inadvertidas totalmente, con su *villa* y todo, ante un par de buenos ojos negros y vulgares... Luego

vino la presentación á la tertulia, por León Rivalta, que se le presentó solo, y á quien recibió con calculada dignidad. Luego... su sorpresa ante la amabilidad de todos, y en término primero de Nita y de Ladi y de los papás de Ladi, maestros, como era natural, en cortesías de cortesanos; mas, como era bien lógico también, la buena moza Lorenza, contenta de la crónica, y tomada por León como disculpa galana de la presentación general, y en particular á la que deseaba darle las gracias, quedó como amiga predilecta del cronista, desde luego... Pasaron días, pasaron días... y ¿qué grande error no habría sufrido Ricardo con respecto á la falta de afabilidad de Ladi, ó qué trazas no se habría dado ésta para robárselo á Lorenza en simpatías..., que en la segunda crónica, en la tercera crónica, en los versos después al *Nuevo Mundo*, no hubo más que el nombre de *Ladi Villarroel*, en todo honor?...

Explicábase ahora perfectamente lo del tren, disculpándola. Ni debió de fijarse ella en la manta siquiera. Fué que... finísima, selectamente educada, como su prima Nita, como su madre, no tenían para qué conversar con un desconocido... Así, en

efecto, había bastado una presentación, calificada por una dignidad de periodista, para llegar á una confiadísima amistad, á una dulcísima fraternidad, al poco..., y hoy, últimamente, para haber llegado á la... á la... ¡oh, *su* Ladi!... á un inesperado cielo como un sueño que le...

—¿Don Ricardo?

—¡Hola! ¿Qué?

—Que ya puede almorzar cuando guste.

—Gracias, Sabina. ¡Ya voy!

La camarerita sonrió, volvió á cerrar y bajó las escaleras.

Ricardo no sonrió esta vez á Sabina. Le había pasado completamente inadvertida la cierta gracia, que en días pasados le hizo florearla, de sus gruesos labios rojos en su cara blanca y pecosa, rodeada de crespo pelo de azafrán.

Se cambió de corbata, para la tarde—antes de salir de su cuarto. Porque corbatas, sí, tenía una colección, como de lindos calcetines.



IV

Bajó, y se sentó en el comedor á la mesita donde ya le aguardaba el joven de Palencia.

—¡Hola, Ricardo!

—¡Hola, Román!

Se repartieron la tortilla.

—Ya, ya le vi á usted esta mañana muy amartelado con Ladi, ¿eh?... ¡Sea enhorabuena!

—¡Cómo enhorabuena! ¿Por qué?—preguntó Ricardo alarmado por *su secreto* tan pronto descubierto.

—¡Toma! ¡Por qué!... Pues... por la niña. ¡Paréceme que va á haber boda este invierno en la corte!

Ricardo se puso pálido, un poco de temor, un mucho de alegría.

—¡Hombre, no, Román!—cortó.—Esa señorita y yo... no somos más que amigos... ¡buenos amigos!

Román soltó la carcajada.

—¡Y tan amigos, lo creo! ¡Nadie le dice á usted que fuesen enemigos!... Sólo que apostaría yo á que desde hoy... han pasado á más. ¡No, sabe? ¡No se inquiete!... ella lo niega también, ¡qué caramba!...; pero cuando usted la dejó, viniéndose á casa sin saber que ellas desde la suya volvieron al nada á *Suiza*... ¿ó es que le prohibió á usted concurrir, por Lorenza?... Cuando volvió...

—Pero... ¿qué Lorenza ni qué diablo de visiones cuenta usted?...

—¡Caracoles, amigo Ricardo, que se las trae usted... y nada es extraño que le haya hecho tener celos á la chica... ó á las chicas!... Bueno, pues decía que se volvieron al *Suiza*, y que allí tuvo Ladi un aparte con León..., tan triste, el aparte, ¡vive Dios!..., que más triste León, todavía, se nos larga esta tarde misma á Madrid, ó al infierno!

Ricardo se quedó suspenso, con los ojos muy abiertos, y la cuchara en el aire.

—¿Se va León?

—¡Se va! Mejor dicho, se habrá ido á estas horas... ¡León vencido y... con la cola entre las piernas!

Estuvo Ricardo á punto de confidenciarse ple-

namente con Román. Aquella fuga del aparatoso y elegante pretendiente chasqueado, dábale la gran medida del cariño de su Ladi. León Rivalta, que usaba á todo trapo coronas de vizconde, en los gemelos, en el medallón del reloj, decíase aquí que estaba arruinado...; pero Ricardo sabía á qué atenerse con respecto á las ruinas de los grandes—y más arruinado en todo caso estaba él... con sus cuarenta duretes mensuales... Si todo esto no era un triunfo...

Sino que se contuvo; supo recobrar la *pose* de importancia que desde que llegó á Salinas le prestaba *El Liberal*, y se tragó la alegría, preguntando en variación displicente:

—Bravo, amigo Román... y ¿usted se marcha pronto á Palencia?...

Tuvo que sonreir. Había pronunciado *á Palencia* con un aire de superioridad, de protección, como si él, en vez de haber nacido en Miajadas, hubiese nacido en Londres, ó al menos en *El Liberal*... como le dijo por feliz aturdimiento á Rivalta.



V

—¿Se puede?

Nadie respondía.

—¿Se puede?

—Entra, Nita; ¡que sí!

Empujó la puerta y entro, en el dormitorio. Ladi estaba en la cama. Desde la posición de espaldas, en que habría leído indudablemente largo rato, se había torcido perezosa y de bruces, de cintura arriba, y tenía ahora el libro contra el almohadón, junto al codo; y en la mano, pesadamente, la cabeza. Rotas así en violentas curvas las líneas de su cuerpo, se lo esculpía demasiado fiel la sedilla de la colcha.

—¡Qué atroz! ¡Qué caderaza..., ya te querré yo ver á los cuarenta!—dijo Nita, dándole un azote—. ¿Qué haces?

—Leer.

—¿Qué?

—¡Nada!... *Monsieur de Phocas*.

—Te pirras, hija, por lo verde.

—¡Por lo ñoño!—dijo Ladi arrojando el libro hacia los pies.—¡No saben ya ni escribir verde estos franceses!

—Es que agotaron el tema.

—¿Qué hora es?

—Las ocho.

—¿De la mañana?... ¡Qué barbaridad!

—No, de la noche; sino que ha salido el sol, por orden de tu papá, para que veas.

—¡Oh, mi papá es muy galante!... ¡Mira que comprar esta *finca de placer* en un aburridero!

Ladi bostezó, dejándose caer de espaldas. Nita bostezó también, sentándose en la cama.

—Chiquilla, cómo tienes esto, igual que una perrera. ¿Te dió tentaciones *Phocas*?

—Completamene imbécil, con su inglés. En su lugar habría buscado una inglesa... y *papá en mamán* en seguida... para ver de ser, pronto, papá con todos los egoísmos. He caído en la cuenta de por qué mi papá ha comprado ésto en Asturias; no por

lindo..., sino porque siendo él un *reumático* y *dispépsico*, á quien nunca duele nada y que come más que yo, se ha buscado el intermedio entre Caldas y Mondáriz...

—¡Puede que tengas razón!

—Pero le voy á armar un toreo de nervios, ¿sabes?... y nos llevará á San Sebastián.

—¡Ya, para qué! ¡A buenas horas!

—Pues te digo que el próximo año...

—Bueno, bien, anda Ladi, mira, ¡levántate!

—¿A las ocho? ¡Qué irrisión!... Creía que eran las once.

—Te quedarás sin la jira.

—¿La jira?... ¡Ah, es verdad!, lo dijimos anoche... á San Juan de Luz.

—Sin *Luz*..., de Nieva. ¡Qué más quisieras!

Ladi, de un codazo, se medio descubrió de las ropas; pero se quedó quieta, en perezoza insigne, al aire sus blancos y duros senos virginales de jovencilla espléndida. Creía la gente que tenía veinte años, y no era cierto. Diez y ocho nada más.—Se puso á silbar *Los maestros cantores*, mirando al techo.

Y Nita, que había cogido el *Phocas* y encendido

un cigarrillo, se fué á leer hacia el balcón, en una sillita dorada.

Ultimamente se incorporó Ladi lentamente, dejó caer las desnudas piernas fuera de la cama, y empezó á calzarse, lo primero. Seguía silbando, pero ahora la *machicha*.

De pronto, ya ceñidas las dos medias, se acordó, y dijo rebatiéndose una:

—Mira, Nita, so borrica, lo que me hiciste ayer tarde.

Fué jugando, después de la gimnasia. Nita miraba; mas no se encontraba Ladi el cardenal en la rodilla. Se levantó un poco la camisa y lo encontró. Azul y enorme, á medio muslo.

—¡Bah, hija, eres de manteca... con esa blancura de nieve! ¡Y qué muslazos!... ¡Te digo que vas á taner que ver á los cuarenta!

—De aquí allá!

—Y el caso es que tienes los brazos delgaditos.

—*Lianas del amor*, como dice un novelista.

No la escuchaba Nita. Ella se daba saliva en el cardenal, con el dedo. Y al oir que su prima gutturaba un «buenos días» afectuoso, á través de los cristales, preguntó:

—¿Quién te saluda?

—Ricardo. Tu novio... ¡Oh, si tuviese *la visión curva*, qué cuadro el tuyo, ¿verdad?

—¡Para volverle tarumba!

—¡Quién sabe lo que pensaría que estás haciendo! ¿Te lo subo?

—¡Gracias, para ti!—desdeñó la joven levantándose á coger el corsé en la marquesita.

—Sí, bueno, sí... ¡Mucho con que si le tienes ó no «para que hable en los periódicos»..., «para que sepan en San Sebastián que existimos», como dices; pero el caso es que os metéis por los rincones, como si fuese novio de verdad, y que... ¡mira, ven á ver!, los vidrios que va poniendo tu padre en la tapia.

—Los he visto. ¡Cosa más inútil! ¡Te lo juro!

—¡Ya!... pero es que el campo, la poesía, el idilio de estas soledades..., el aburrimiento de las noches, sobre todo... Siquiera en Madrid y en San Sebastián se divierte una en otras cosas... ¡Y que haya quien crea que la vida de ciudad atenta á la virtud! Aquí, con esas novelas también... ¡qué demonio!

—¡Qué asco! Le quitan á cualquiera la intención, estas novelas... No, no, ¡te lo aseguro!, por neta porquería... Y al revés. Justamente, si por algo un

poco ese Ricardo me intriga, es por cierta novedad... ¡es un romántico!

—*Justamente por eso* le inquieta á tu madre también, desde los versos del beso y la luna. Ella debe de saber la horrible influencia de las poesías y novelas románticas en la virtud, ¡son de su tiempo! Ve que nada, en cambio, le importaba que hablases con el bestia de León. ¡En este otro, y á pesar de los calcetines, debe suponerte un peligro de boda!

Ladi, que había estado chapuzándose con el agua fresca del lavabo, protestó, interrumpiéndose un momento, con los párpados cerrados y la cara y las manos chorreando.

—¡Nada, rica, me creéis tonta las dos!... Yo bien sé lo que me pesco. ¿Y es que tú le has dicho á mamá que es mi novio?

—¡De sobra lo está viendo ella!

—¡Pues se engaña!—afirmó la joven irritada yendo con la toalla hacia Nita.—¡Veréis qué novio de mi alma en cuanto tomemos el tren! Debíais haceros cargo, creo, en vez de tanto vidrio y tanta tontería...

—¡No, hija, yo no! Y anda, ponte la enagua, que

es tarde, y, además, se te sale por el pantalán la camisa, propiamente que á un payaso.

Tocaron á la puerta. Pasó la doncella. En una bandeja traía un huevero, una copa de jerez y seis huevos pasados por agua. Era el desayuno de Ladi, que se sentó á tomarlo, con su pantalón gracioso lleno de encajes, en otra butaca junto al tocador.

Media hora después estaba vestida, cubriendo con un simple traje el lujo interior de sus ropas; solamente las medias le costaban treinta duros...



VI

Al poco, estaban las dos primas en el *Suiza*, donde las esperaban los demás.

Pusiéronse en marcha. De señoras de respeto iban dos ó tres mamás provincianas. Días antes habían ido todos á ver una mina de carbón, sin atreverse nadie á descender por la boca, de cuyo fondo partía una galería que se internaba bajo el mar un kilómetro. Hoy se trataba de llegar á San Juan de Nieva, recorriendo á pie, por la arena, la inmensa herradura de la playa.

Les parecía que estaba al pie, San Juan, según desde Salinas lo veían, gris y envuelto entre sus brumas—con ese engañoso espejismo de distancias del mar y las llanuras.

No mucho después iban cansadas las muchachas, las señoras, hartas de coger algas y conchas y de

mojarse en las olas los pies. Si se apartaban del agua, peor, retrasado siempre en la seca arena medio paso. Y hubo quien le dijo un chiste al joven de Palencia, que llevaba del brazo á la bellísima de Valladolid, soportando un poco jadeante todo el peso de su fatigada hermosura:

—*¡Para los valientes, arena y buena moza!* ¿Eh?

—¡Sí, aquí lleva usted de las dos, Suárez!

Suárez permitióse picaresco deplorar:

—Bien... mas no *como alude el refrán*, la *buena moza*, por desdicha.

Unicamente, allá, bravos y punto menos que perdidos á lo lejos, marchaban Ladi y Ricardo, delante Se les veía conversar en perpetua animación, también del brazo.

Estos no se preocupaban de conchas.

El padre y la madre de Ladi prefirieron esperarlos en San Juan (donde iban á comer en un mesón de marineros). Se habían ido anticipadamente por el tranvía y por el tren. Le habían oído á Ricardo, que conocía el trayecto, ponderar la engañosa caminata.

Tardaron mucho, en efecto. Llegaron casi á la doce. Los dos novios aguardaban á los demás gua-

recidos en el hueco de una peña. Para tranquilidad de malicias, de graves malicias, al menos, pudo cada uno de los excursionistas confirmar, y Nita lo mismo, que la peña, en la boca del puerto, bien tapizada de musgos, se abría hacia el mar—de cerca y por demás bien poblado de lanchas y de barcazas de cargadores.

El puerto era sombrío, ancho, melancólico. Terminaba enfrente por unos cenicientos promontorios que avanzaban sobre el agua, y á su refugio se acogían los buques costeros junto á los muelles del ferrocarril. Las gaviotas parecían más blancas contra el nebloso cielo.

La gruesa señora de Villarroel, al brazo del marido, todo digno y grave con su cara roja de rubio y sus patillas blancas, les salió al encuentro, desde la taberna.

Las mesas esperaban puestas.

Orballaba, y comieron en el interior.

Se rió lo que se pudo. Nita medio se achispó; y olvidada de sus cigarrillos turcos, fumó de cuarenta y cinco. Le daba igual. Recostada en su taburete contra la mesa, á la hora del café, cruzaba las piernas y enseñaba la de atrás, irreprochable... mien-

tras contaba cosas y le decía á Román Suárez que «venía harto de buena moza... hasta cierto punto»... Y como Román, corto de vista, se auxiliaba de sus gordos lentes cóncavos para mirar la pierna de Nita, las piernas también aquí y allá de las demás, peor calzadas, pero contagiadas todas las muchachas en su plástico provincialismo ruboso de despreocupación aristocrática por el ejemplo de estas Nita y Ladi madrileñas,—la mamá de Lorenza, notando cómo únicamente su hija era rebelde á esta civilización, á estas costumbres de seducción y buen tono que daban los balnearios, la riñó aparte:

—¡Qué sosa eres, hija de mi alma! ¡Te quedarás para monja!... ¡Acuérdate de cómo allá en Valladolid, Purita Osorio, desde que vino á Gijón, se recoge las faldas por la calle!

Y disimuló revistando á las amigas con su binóculo de concha.

Ricardo, en tanto, siempre con su Ladi, no atendía á piernas ni á nada que no fuesen,.. los ojos color de uva.

La vuelta de la excursión se hizo por Avilés, en ferrocarril y en coche de tercera, ocupándolo todo,

aquí de donde salían los trenes sin gente, y para no tener que apartarse. Luego, desde Avilés, en el tranvía de vapor.

Ricardo era el hombre más feliz de Europa.



VII

Pero el hombre más feliz de Europa se fué sorprendiendo en tristeza hacia mitad de Septiembre. ¿Por qué?... Tal vez porque le quedaban pocos días de este paraíso; Ladi, su familia, iba á partir pronto para Caldas; y no importaba que Ladi le hubiese de seguir queriendo desde cerca y desde lejos y que hubiesen de reunirse hacia Octubre en Madrid; como todos los verdaderamente dichosos en una constituída situación, tenía el temor, tenía Ricardo el instintivo horror de todo cambio.

O tal vez Ricardo estaba triste, al revés, porque una ligera mudanza se había operado ya en su novia, en su adoradísima, aun sin salir de Salinas. Había llegado media semana antes otra familia de fuste, la del general Martí, ex ministro de la Guerra

con sus tres hijas, Berta, Cristina y Adela,—y Ladi, Nita, los papás de Ladi igualmente, íntimos de ellos, no habían vuelto á reunirse sino con ellos, en un repentino trato aparte que escocíale bien al antiguo corro distinguido de toleradas provincianas. El, Ricardo, había sido arrastrado, en la escisión violentísima, del lado de los «aristócratas»: pero aturdido, sin saber en realidad si agradecérselo á Ladi, ó más bien al general, que al saberle periodista (y luego de confidenciarle *declaraciones políticas*, que fueron transmitidas al periódico), quiso conservarle cerca como un rabo... ¡Sí, le dolía la duda! Por lo pronto, él no entraba jamás en la *villa* de su novia, donde solían pasarse las noches ambas familias en íntima velada; y por la playa, por los paseos campestres, acompañaba delante á las jóvenes, en calidad de «hombre que hacía crónicas y versos», sin que ya los ingenuos ojos verdes de la divina ciega fuesen sólo para él.

¡Ah, cómo sufría por las noches, en soledades como la de ésta-también, en su triste encierro de la fonda, mientras allá lejos, en la *villa*, cuyas luces veía por la ventana, cantaban y tocaban el piano Una, tres antes, por puro rencor amoroso hacia «su

Ladi», envió para *El Liberal* una crónica que ponía en altísima alabanza á la más linda hija de Martí... aunque sin nombrarla—algo parecido á aquella de Lorenza, pues claro es que no podía Ricardo convertir *El Liberal* en su secretario galante.

—¿Sabes?—le repetía la novia en los raros momentos que se hablaban solos.—Mis padres, enterados de nuestras relaciones, no quieren. Conviene que no vayas siempre á mi lado, y que el *tú* no se te escape.

Pues bien... para «disimular...» ó para hacerla rabiar, escribió la crónica que debería venir al día siguiente.

El desaire á la provinciana sociedad le dolía á Ricardo igual que un presentimiento del que á él habrían de hacerle... tal vez en cuanto dejaran de juzgarle necesario, *su Ladi* también, en este halago vanidoso de la prensa.

Se le empleaba, por imbécil. Ya inútilmente á tiempo sospechó que *él tendría después que perdonar* á estas altivas.

Y sobre la cama, tumbado de espaldas—que era la posición en que igual un poeta recibía las inspiraciones ó evaporaba los odios—, meditaba, lleno

de rencor, si no sería preferible que él se marchase de aquí.

Era jueves, 25 de Septiembre. Lejos de recorrer también las playas gallegas, como era su moral obligación, se había «achantado» en Salinas. Quizás llegase á tiempo de coger é interviuvar en Lourizán á Montero. Se iría, decididamente..., si Ladi prescindía de él para la nueva jira que al otro día tenían planeada con las del general á la Fábrica de Trubia; la acordaron en sus narices mismas, esta tarde, y ni por cumplir le invitaron...

—¿Don Ricardo?

—¡Quién!... Adelante, entra, Sabina.

La camarerita.

Llegó. Se le plantó al lado de la cama.

—Han traído esto.

Le daba un sobre, y lo cogió Ricardo. Lo rompió. Leyó la esquela que contenía.

«Estimado amigo: Mañana ya sabe usted que visitaremos la importante fábrica militar de Trubia, donde nos espera, debo suponer, un gran recibimiento. ¿Quiere usted hacernos el honor de acompañarnos?... Lo vería con sumo gusto su afectísimo

seguro servidor, q. b. s. m., FLORENCIO MARTÍ.»

¡Aaaah!... Notó en esto—respirando, toda su alma libre de un peso—,la cariñosa diplomacia de Ladi. Era verdad; siendo una visita á que el ex ministro fué invitado por la fábrica, Ladi no podía directamente por la tarde...

Y advirtió entonces que la camarerita de pelo de azafrán, de cara bruta y gorda llena de pecas, permanecía inmóvil, sonriendo, al lado de la cama—en un desvestido alarmante..., cubriéndose con ambas manos el pecho de blancura escandalosa que dejaba por demás descubierto una chambrilla sin botones.

—¿Qué?—preguntó seco Ricardo en el egoísmo de su *dicha señorial*.

—Nada... que... me dispensará usted que venga así... Estaba ya acostada... y todo el mundo en la fonda.

Sonrió, tapándose más con las manos. Tenía desnudos los pies.

—Bueno, ¿y qué?—insistió desabrido Ricardo.

—Que tuve que levantarme al oir que llamaban... y era esa carta, y esperan.

Comprendió entonces las caballerescas divisas y una porción de cosas de heráldica, que siempre había hallado completamente idiotas.

La única extrañeza que les causó en la cervecería á los amigos, fué verle volver de su veraneo tan alegre y tan poco amable, sin embargo, con la camarera Inés..., antigua esquiva y floreada por todos, y principalmente por Ricardo. «Nada de camareras.» El, además de futuro yerno de senador—pensaba, orgulloso de su mudez heroica con respecto á Ladi—, era un poeta.

Tampoco en la redacción, al ir á su trabajo por las noches, dijo una palabra. Afortunadamente, nadie había reparado en «el tejemaneje de sus crónicas».

Y á la segunda noche, terminada á las cuatro la tarea, vagó tres horas aún por las calles, cayendo en la estación del Norte á punto de las siete.

No mucha gente. Faltaba un cuarto de hora para el tren. Se metió en la fonda y se desayunó con chocolate. Creía escuchar ya cerca, con los oídos de su alma, aquel animoso *tram-tram—tram-tram* del exprés que le traía á su Ladi. Habituado al posesivo, no le asombraba ya tener tal novia..., merecer tal

novia en su modestia orgullosa de escritor. Eran altísimos derechos del corazón y del talento.

Pero... uno que entró, en la fonda, le infundió desaliento repentino. Era León Rivalta..., y un León Rivalta, además, elegantísimo, elegantísimo... ¡tan diferente en su elegancia de invierno de aquella otra de la playa!... Traía un soberano gabán de pieles, «sin trampa ni cartón»..., de negras pieles que se le vieron todo por dentro al desabrocharse y sentarse en otra mesa... ¿A qué venía?... En la corbata, de un *rojo marron* en seda cara, lucía un brillante colosal... Y el pobre periodista contempló su gabancete de jerga y su traje de invierno del *Aguila*, harto maltratado por la temporada anterior..., y se abochornó de la comparación que Ladi pudiera establecer viéndolos juntos.

Y... ¿á qué venía éste?

Ni se detuvo á averiguarlo, ante el terror lamentable impuesto á su corazón por la *comparación de la viajera*... Llamó, pagó, y aprovechando la fortuna de estar el otro distraido con un periódico, se escurrió de la fonda hacia el andén.

Tenía frío, aun levantado el cuello de su miserable gabancete. Se miró en los cristales de una puer-

8

ta, y deploró el descuido en que se vino á la estación, con la cara estirajada y sucia de una noche de desvelo... se parecía un cesante, ó un enfermo escapado del hospital... ¡una figurilla ridicula, en suma!—Otras señoras, otros caballeros que aguardaban también, tenian sendos abrigos excelentes y las botas limpias de barro, como de venir en coches, no como las suyas... Desde entonces no tuvo más que una preocupación: ocultarse entre los grupos, lo más lejos posible, para ver á Ladi sin ser visto.

Llegó el expreso. Desfiló ante el atónito Ricardo. Por lo pronto, en las ventanillas, llenas de viajeros, no descubrió á Ladi ni á sus padres. Empezaron á abrirse portezuelas y á bajar gente. Entre ellas y las del andén habían formado una muralla. Pudo Ricardo, por detrás, aunque con todo recelo, recorrer el tren de punta á punta. No veía á su novia. No venia. Ni en las berlinas ni en los primeras. El interior de estos coches, donde él mismo había llegado tres dias antes, le pareció ahora muy distinto que en Julio; todo volvianse pieles y boas y ricos paños... Ni él propio había advertido, incierto por el aparente olvido de su Ladi, el borrón de cursile-

ría y de pobreza que debió constituir entre tales gentes al regreso...

¡Ah, si tuviese ahora siquiera aquel chaquet del señorito de Palencia, aunque fuese de verano!

Partió de la estación, y se pasó la tarde, apenas levantado á la una y media, meditando varias cosas: una, por qué no habría venido Ladi; otra, por qué esperaría León el expreso; y, la tercera, la principal, que se le imponía dolorosísimamente como una explicación de sus miedos al transporte cortesano de su idilio (¡ah, en Salinas los sentía sin comprenderlos, por instinto!), la «realidad, la aterradora verdad de la *diferencia de clases*... puesta en relieve por el invierno y por Madrid».—¡Fué una democrática nivelación de indumentaria, aquella del calor en la playa modestísima, donde todos parecían iguales con un par de trajes blancos!

Cuando fué al Círculo, á la hora de comer, encontró otra carta:

«Mi adoradísimo Ricardo: Llegué hoy, según te había anunciado; pero en el correo. Por León Rivalta, con quien ya sabes que querrían casarme mis padres sólo por tener una corona de vizconde,

y que estuvo á recibirnos al expreso, he sabido que te vió esperándome. Esto ha vuelto á ocasionarme una pelea. Peor. Te quiero más. ¡Hombre, no hay cosa que más me pueda que la imposición de la gente!... Mi padre invitó á almorzar á León y esta noche á la Comedia. Se figuran que van á hartarme *de León*. Se llevan chasco: ya ves, ahora mismo los dejo en la mesa, sin más que para escribirte. Supongo que le tendré en la Castellana también esta tarde. Ve tú, y á la comedia esta noche. Y después de la Comedia, ven, á casa (Lagasca, 59, triplicado, hotel), pues te esperaré en la reja de mi cuarto y hablaremos. Mil besos de tu

LADI.»

Se quedó aturdido. De gloria, de pesares. Estos, por no habérsele ocurrido venir antes á media tarde, á ver si tenía carta: ya, el paseo en la Castellana, cuando menos, estaba fracasado. Bajó á cenar. Consultó el bolsillo y vaciló sobre si ir por una butaca al periódico. Sería inútil, á tales horas y tratándose justamente de la inauguración de la temporada en la Comedia... Al salir del restorán, deploró su traje, ante un espejo. Sin embargo,

le prestaba aliento el valor de la que tanto le adoraba.

Muchos coches á la puerta del teatro. Tuvo que pagarle trece pesetas por una butaca á un revendedor. Entró. En el *foyer*, entre los hombres de frac, entre las señoras que cruzaban con abrigos y descotes y joyas regias, volvió otro espejo á darle á Ricardo la desolación de su traje lamentable. Estuvo por ponerse el gabán, otra vez, con el fin de disimular las rodilleras, las coderas...

Y le consoló una cosa, que había juzgado antes adversa. Su butaca era de última fila, justamente, allá sumida en la confusión y la penumbra de debajo de los palcos. Se fué á ella..., sin ánimo para esperar la llegada de Ladi en aquella ostentación luminosa, vergonzosa para él, del *foyer* de espejos y de alfombras. Sentado, oculto podría decirse, aguardó..., y le pidió á un acomodador gemelos, con los cuales revisaba la espléndida sala atentamente. Bien empezada la función, se removieron las cortinas del único palco entresuelo vacío, el cuarto de la derecha, y entró la familia de Ladi... y Ladi, su Ladi de ojos verdes... ¡y León!

Maldecía Ricardo de los gemelos alquilados, cu-

yas sucias lentes no le daban más cerca y más limpia la adorada imagen. Ladi, recorriendo con los suyos el teatro, no hacía caso alguno de León ni de la escena. Pero no acababa de verle, á él, á Ricardo, tampoco—que no sabía si sentirlo ó deplorarlo, todo admirado de esta transformación de elegancia y lujo en la sencilla veraneante de Salinas... Vestía ella de sedas blancas, de encajes, y tenía una flecha de brillantes en el pelo y una gargantilla *chien*, de perlas, en su leve escote de soltera. Sus gemelos eran de oro y nácar. ¡Una muñeca! ¡una flor! ¡una princesa de cuento encantado!

¿Le descubría, por fin?... Una, dos veces, pareció Ladi «lorgner» fijamente hacia estas perdidas penumbras... Luego, en el primer entreacto, Ricardo resolvió heroico acusarla su presencia; se acercó por el pasillo de butacas y quedó como perdido en la confusión de fracs, de pecheras blancas, de bigotes elegantemente recortados y de cabezas aplanchadas y lustrosas... Mas no tuvo tampoco la seguridad de que le viese Ladi, así hundido él con su insignificancia y su pequeña estatura entre hombros y cabezas... En el segundo acto, ella y Nita continuaron revisando la sala y repartiendo sonrisas y

saludos. En el segundo entreacto, Ladi se retiró detrás de las colgaduras rojas... Decididamente creería que él no estaba en el teatro.

Aprovechó Ricardo su proximidad á la puerta para salir de los primeros, al terminarse la función. En la calle se apostó prudentemente oblicuo detrás de guardias y lacayos, y vigiló el desfile. Gentes á pie, en dos cordones por la acera. Coches que se iban acercando y recogiendo á sus dueños. Apareció Ladi últimamente, con su familia, ya sin León; hizo señas un cochero, y se acercó un suntuoso landó cerrado, con dos magníficos caballos; fué subiendo la familia; luego partió al trote el carruaje.

Ricardo sufría tal angustia de «diferencia de clases», que casi decíale su dolido corazón que no fuese á la ventana...; que no viese más á una divina mujer con capa turquesa que escapaba del teatro, como de una fiesta de hadas, en semejante landó... ¡Oh, no, él no se había hecho cargo hasta ahora de lo que eran un landó de éstos y una mujer de éstas!... ¡El, el *ceniciento* de un ensueño á quien teníale aquí despierto, por fin, «la realidad», entre lacayos y guardias!

Pero luego... como un bruto, como un loco, esca-

pó en la dirección que se había perdido el carruaje y tomó el primero que halló libre, de alquiler:

—Lagasca, 59..., ¡pero, pare usted hacia el 55!



X

A los quince minutos bajaba y despedía el coche en la ancha y abandonada calle del barrio de Salamanca. La soledad y la semiobscuridad le restituyeron á sí mismo. Aquí podría quizás volver á ser el poeta y el amado..., el dominador, á solas con su Ladi... Buscó el hotel. Le desorientó no encontrar jardines. ¿Es que había hoteles sin jardines?... ¡Cuán todo lo ignoraba de esta vida aristocrática!...

No pasaba un alma. Aguardaba en una esquina, —la que hacía el 59 triplicado. Era una elegante casa...¿un hotel?... de dos pisos, de seis ú ocho huecos á una calle y cuatro ó cinco á la otra. La espera, que le irritaba al prolongarse, y precisamente el no haber encontrado como morada de su novia algún palacio inexpugnable allá entre verjas y entre frondas, borraba un poco aquella afrentosa *diferencia de clases* que le atormentó en la Comedia. En la sole-

dad con Ladi, él volvería á ser «el gran duque del talento» que la dominaría y la deslumbraría... Sonó discreta una ventana.

¡¡Ella!!

Fué, de un salto. Era la última reja, en la aún más obscura calle transversal. Dos manos se estrecharon. Sonaron besos en las manos y en las bocas. Un poco alta la ventana, sobre otra de sótano, Ladi tenía que doblarse mucho, sentada en la poyata, para besar, para charlar... en aquella charla de cien cosas cortadas que entablaron en seguida... «No, no le había visto en el teatro...» «Pues sí, allá atrás, última fila, lo único que había...; el coger la carta tarde, le impidió verla en el paseo; y á la salida no quiso aguardar en donde pudiera la familia verle...»

—¡Ah, daba igual!... ¡qué me importa! ¡Te quiero loca, Ricardo; y más... por ellos! ¡No soy yo para que me lleven la contraria!

—Oye, dime, Ladi... y ¿si se obstinan?

—¡Peor! ¡Te juro que peor!

—¡Oh!... ¿Serías capaz por mí...

—De todo.

Ricardo la estrechó, tornando á besar aquella

boca divina entre los hierros. El beso fué largo, mortal.

—¡No sabes tú bien de lo que soy yo capaz si me fastidian! ¡Más que tú!—dijo ella al soltarse.

—¿Más que yo?.. ¿Por ti?.... ¡Oh, no! ¡Eso no, mi Eladia!...

Y Ricardo, ya demás olvidado de clases, de toda distancia social, frente á frente nada más con la mujer, con la apasionada valerosa que parecía retarle, propuso bravo, veloz, convencidísimo de que la sobrepasaria así con la arrogancia:

—Mira, Ladi, si quieres... ¡yo te robo! ¡Yo te llevo conmigo cuando quieras, cuando quieras!

Ladi se sorprendió:

—¿Que me robas?... ¡cómo que me robas!... ¿Para qué?...

—¡Toma..., pues... ¡para casarnos! ¡Por encima de tus padres!

Hubo un cambio. Erguida Ladi, separó del novio la faz, y repuso al cabo de un segundo:

—No, eso no, ¡qué tontería!... No sabes tú bien lo que son de tercos. Nos abandonarían. Se nos negarían para todo. Y tú no tienes dinero. ¡No, eso no, Ricardo!

Ricardo tragó saliva. La *diferencia de clase* le salia al encuentro, aun en sus imperios de la soledad y del amor. Era cierto. Cou su paguilla, maldito si habrian de tener sino para sepultarse—destrozando todo su idilio—en un afrentoso pupilaje de diez reales...

—Entonces... ¿de qué eres capaz?—preguntó mal resignado, exasperado, dominador hasta en la derrota.—Por ejemplo... de darme una prueba verdad de tu cariño..., una prueba absoluta, de esas que únicamente dais las mujeres cuando estáis resueltas á... todo... ¿Comprendes?...—Y puesto que ella muy atenta, pero muy reflexiva también, miraba al cielo cual si no acabase de entender, añadió Ricardo:—Sí, mi Eladia; yo tengo miedo de que tu voluntad desfallezca...; tengo miedo de que en una lucha larga, desigual, bien desventajosa por mil razones para mí, acaben venciéndote tus padres.... Ya ves que... por lo pronto te han puesto á ese León Rivalta al lado, quieras que no quieras...

—¡Ah, peor! ¡Te digo que peor!—insistió la testaruda, como exaltándose siempre y con iguales palabras.

Y concluyó Ricardo, aprovechándose de la excitación (¡sí, era un psicólogo!):

—Pues demuéstramelo. ¡Sé mía, Ladi! ¡Eso es lo que quiero de ti, y sólo entonces quedaría tranquilo y absolutamente confiado en tu cariño!

—¡Aaaah!—guturó dulcemente Ladi, comprendiéndole. Y tras una duda en sonrisa, concedió: —Bueno, bien... ya es otra cosa..., no creas que me importa, por mi parte... Encuentro la dificultad, solamente... en...

Levantándose de pronto, desapareció en lo obscuro de la estancia. Ricardo se separó con rapidez á un lado. El había oído un ruido dentro, también. Tal vez era el padre... Pero al medio minuto volvió á verse la un poco inquieta faz de Ladi, diciendo:

—Oyè, vete. Me figuré que venían. Tengo cerrado por dentro, pero están levantados aún. Mañana, ven, por la noche... más tarde, á las tres. Yo buscaré la llave de ésto. Mira, ¿ves?... Se abre la parte alta de la reja. Entrarás por la ventana. ¡Adiós!

Cerró, dejándole alelado.

Pero... ¿podía ser?...

Lo había dicho así... tan fácilmente...

No le dió siquiera tiempo de envolverla en el resplandor de la repentina gloria de su alma, y quedó solo en la calle, como alumbrada por... su gloria.

No era un hombre Ricardo, era un dios.

Se fué alejando lentamente, con la sensación de su poder en su conciencia..., con la evidencia de que si le saliese al encuentro algún atracador, lo desharía de un puñetazo.



XI

Faltó al periódico. Durmió en desvelo, ardiéndole dentro aquella luminosa borrachera de alcoholes de alegría.

Por la mañana le escribió al director de *El Liberal* diciéndole que tenía que resolver un asunto de familia, urgente, y que le dispensase por esta noche también.

Empleó la mañana en pensar en la noche. Contemplando la pobreza de su cuarto, recordaba aquella adivinación de sedas y de lujos que en la pasada sintió tras de la reja. Sí, había percibido desde la calle la sensación de riqueza y de confort—como se percibe la de sólida cocina á la puerta de las fondas. A ratos creía que pudiera desafiar con la derrotada humildad de su traje del *El Aguila* todos los faustos, al sol, ante la divina Ladi, que no necesitó verle á su ventana de frac para... *prometerse*, más

que nunca enamorada... ¡Ah, qué sencillez, qué encantadora facilidad en tal promesa!...

Sin embargo, luego, meditando que en la sombra de la noche, ella, tan gentil, vestida aún como estuvo en la Comedia, no habría podido hacerse cargo de las... rodilleras ...y hasta de las manchas de esta ropa..., vino á quedar en el justo medio: no un frac, ni así de pronto siquiera un smokin, según había proyectado él, proyectando insensateces...; pero, al menos, se encargaría un terno á la medida... y unas botas... y un sombrero. El gabán podía pasar con el cuello levantado.

Gastos, ¡claro! Quería decirse que no le mandaría á su familia en unos meses los quince duros con que la ayudaba. Salvado con tal refuerzo, se sentó á presupuestar. Y escribía: *Sueldo, 40 duros; por colaboraciones, 12,*—en cálculo prudente*; total, 52. Gastos: por este gabinete, 6.—Comida y café, 15;*—¡gracias al restorán del Círculo, salvador de periodistas y tenientes!—*Tabaco, 2 duros; lavado, planchado, sereno, etc., 4 duros*. Le alegró la suma: 27. Le quedaban, para mejorar de aspecto y de vida social, 25 duros, y actualmente tenía 15 en cartera. Bien. Salió.

Iba á restaurar su vestuario, á plazo de unos

días, y á otra urgencia que ya tenía meditada: en la... intimidad de Ladi, entre los lujos de Ladi, á la noche, sería ridículo que apareciese él sin calcetines nuevos, sin unos calzoncillos cortos y sin una camiseta de seda.

Fué todo esto lo primero que compró—tomando un coche; y en seguida las botas y el sombrero. Transportados los paquetes al interior del carruaje, se fué á ver á su casi elegante compañero Rodríguez Alcalá, para que le llevase á su sastre y le garantizase en los plazos. Le tomaron las medidas. Paño excelente, y el terno veinticinco duros. En el trayecto de regreso, mirándose más viejo el pantalón sobre las botas nuevas que se había dejado puestas, al probárselas, reparó contento en que era de su porte y de su talla Rodríguez... Le dijo que tenía que interviuvar á un ministro, y le pidió prestado un pantalón... «¡Sí, hombre, ya lo creo, y una chaqueta!» Subieron. Se los probó. Se quedó con ellos. El pantalón le estaba algo largo y ancho de cintura; la chaqueta exacta.

—¡Hombre, y pélate un poco y te afeitas!—le despidió el amigo—. ¡Ya sabes que es un *goma*, y muy ridículo, ese ministro de Fomento!

Agradecido Ricardo, se fué á una barbería. Le dejaron como nuevo. ¡Si supiera Rodríguez Alcalá qué ministro le esperaba! Y aún á las cinco de la tarde, sin haber comido, en tal faena, recordó otro detalle de importancia... Seguramente tenía sucios los pies y el pecho no muy limpio..., en el descuido de su vida de trabajo. Se fué en el coche á una casa de baños. Sí, por si acaso, aunque no se tendría que quitar los calcetines.—Se dió un *flete* de jabón «de padre y muy señor mío». Y al volver al coche deploró estas dos pesetas mal gastadas..., recordando que en el Casino Militar había baños, gratis... ¡Tenía él tan poca costumbre de ésto!



XII

Cuando acabó de almorzar, en la taberna de la Concha, era de noche. Fracasada, pues, también la Castellana, adonde pensaba haber ido, como iría en las tardes siguientes, en coche del Casino Militar. ¡Era lo mismo, hoy!...

Se fué á casa, para acabar de perfilarse; y luego, contento, á la Comedia.

Compraría la butaca más visible.

Pero... ¡qué tonto! Ni había casi nadie ni Ladi estaba. Naturalmente, habría ido ella á otro teatro. Se aburrió, pues, él. A ratos se fijaba en la función. Le parecía sin mérito, á pesar de gustarle al público bastante; y, como solía ocurrirle siempre que veía comedias, se acordaba *de la suya*, y comparaba..., imaginando cuánto más que ésta agradaría si la pusiesen... Sino que esta noche, además, sobre la amargura del autor inédito, confiado en sí pro-

pio, no obstante, cayó el tremendo punzazo de su necesidad de dinero... Sólo el teatro le podía proporcionar súbitamente la desahogada posición capaz de quitarle visos de ambiciones á su boda..., capaz, al menos, de tenerle un poco menos astroso frente á su gentil novia en sociedad...

Un ansia le levantó antes de acabar el acto. Salió del teatro y se fué á su casa. Sacó del fondo del baúl un manuscrito. Eran las diez y media. Quedábanle muchas horas de espera, aún, para la cita.

Se instaló en el viejo butacón; encendió la cafetera; fumó y púsose á leer, con definitiva atención fiscal, su drama.—No se trataba esta vez de afán de gloria, sino de dinero... de dinero á todo trance, porque le había asustado el gasto que había aniquilado su pobre bolsa en dos días... ¡digo, de que empezase el lío de coches del Casino, de teatros á diario, de...

A la una terminó,—y cerró el cuaderno, dando encima un puñetazo de fe, de entusiasmo, de evidencia de que aquello era oro puro y gloria. Pero una mina. Su drama, ¡excelentísimo! No se lo había leído á nadie porque no le llamasen «el hombre del drama.» *Todo provinciano que viene á la con-*

quista de Madrid, trae su correspondiente drama en la maleta. Y en tres actos, precisamente. Esto le había abrumado de ridículo: mas, ahora, con el calofrío de autoadmiración que le daba la lectura, se encontró con bríos para reaccionar contra el aplastante anatema en esta forma: «Algunos de los que los traen, ¿no habrán de ser (como los Quintero, por ejemplo), los famosos de mañana?» En efecto, de Sevilla, de provincias vinieron también estos dos con *su drama en la maleta*...

Salió. La hora feliz se aproximaba.

Al cruzar otra vez por delante del teatro lo miró como en un reto de fama. Intentaría él lo que los Quintero, desde el mismo día siguiente. ¿Por qué no?... ¡Fuera cobardías que le contengan á uno en el temor de los demás! Aparte de que él ya no era el *joven recién venido de provincias*..., sino el cronista de un periódico importante.

Y se olvidó de esto, en su propia seguridad, para entregarse al fin al... cielo que le aguardaba. Faltaba tiempo, todavía, y hallábase frente á Fornos. Entró, á tomar una cenilla, sin la menor piedad á sus locos gastos de hoy. ¿No iba á ser bien pronto rico?... ¿Por él? ¿Por su mujer?... O estrenaba el drama

En uno de los palcos, el segundo de la izquierda, estaba Ladi, con sus padres y su prima.

«¡Ladi, la novia del autor!»—se había corrido por el público. Vestía de celeste, soberbiamente peinada, con una flecha de turquesas, del mismo tono que sus ojos, en el pelo. Quizás demasiado rojos los labios y demasiado grandes las ojeras en su blanca faz de caprichosa, de nerviosa.

Callada y absorta, con una contracción de triunfo en los labios, era, no obstante, la única que no seguía la emoción del drama tomándola en la escena directamente. El codo, de calado y sedoso guante blanco, en la barandilla grana el abanico en la barba y la cabeza medio vuelta al fondo del teatro—donde aspiraba con avidez voluptuosa los estremecimientos del público, observándole, recogiendo sus latidos, que acentuaban la expresión crispada, un poco diabólica, de su sonrisa.

De cuando en cuando flameaba en sus mimosos ojos de gata de Angora un relámpago de satisfacción. Era que sorprendía unos gemelos asestados en ella fijamente.

Sí, sí, «¡la novia del autor!» Los iniciados, desde la expansión de su padre en el Casino, habían co-

rrido la noticia de que *allí* estaba la novia del nuevo autor. Y la noticia rodaba de butaca á butaca, de palco á palco... Y Ladi la seguía en sus zig-zag. por los gemelos que á cada instante la miraban, y deleitábase esta noche—sobre la victoria que siempre su belleza le daba entre las gentes de su clase—, en la de una admiración más general extendida, gracias al talento de su novio, por el teatro entero.

Sentíase la heroína de la fiesta, flechada por aquellos anteojos, que si eran guiados hacia ella por la curiosidad á cada cada hermosura del drama, conteníalos luego más de un rato en arrobos de contemplación su propia soberana hermosura.

De pronto se produjo un murmullo profundo de pasiones removidas. La dama, con su lujo de reina, desde lo alto de su gran celebridad artística, acababa de llamar «¡estúpidas!» á las mojigatas burguesas que pretendieron burlarse de su libertad. Era la mujer del porvenir, triunfante. Estalló un aplauso, el primero de la noche, enérgico y nervioso; pero lo cortó un siseo lleno de imperio.

Marcó esto un paréntesis de la atención... y otra vez muchos gemelos se volvieron hacia Ladi.

Con más descaro que ninguno el del joven duque de Aragón, el gallardo teniente coronel de la *Princesa*, recién vuelto de Viena, donde estuvo de *ataché* de la Embajada. Se hallaba enfrente, en otro palco, de pie tras unos señores calvos, y guapísimo con su blanco dolmán lleno de oros.

Ladi cogió los gemelos, miró á cualquier parte, al duque luego, que la tenía clavada con los suyos, y... le oyó decir á Nita, siempre burlona y atendiendo á todo:

—¡Te conquista el húsar!... Ten cuidado mujer... ya casi eres la señora de *Calcedonia*... ¡pero es pronto!

Seguía la representación. Ladi, ávida por recoger el triunfo en el silencio de la sala, no atendía. Animaba de rato en rato con un rápido mirar de su anteojo al del joven duque, que con su tradición de riqueza fabulosa y de ranciedad aristocrática, si no bastase la suprema distinción de su figura, la estaba acabando de consagrar en la envidia de tantas envidiosas. Recordaba al mismo tiempo, excitada por la chirigota de su prima, la rabia aquella del riguroso encierro en que la tuvo su padre por la cartita de Ricardo... Sí, ¿qué había querido

decir la escena familiar de esta tarde?... Breve, bien breve. Su padre se le presentó de improviso en as habitaciones que le habían convertido en cárcel allá al fondo del hotel:—«Bien, chiquita.., puesto que no hay quien te dome, puesto que tanto quieres á Ricardo... prepárate: esta noche iremos al estreno. Desde ahora estás en libertad»—y le volvió la espalda sin añadirle una palabra.

En cambio, el pobre León no estaba en el teatro, cosa muy significativa de las decisiones de su padre.

¡Ah! Y cómo el estreno, este formidable éxito tan predicho por la prensa, y que cada vez se adivinaba más en la atención casi angustiosa del público, le explicaba á Ladi la inesperada simpatía de su papá hacia el futuro autor ilustre, que al propio tiempo saldría de su precaria situación!... Ella le vió, á su padre, en otro segundo aplauso, aplaudir con entusiasmo, con cariño, cual si estuviera presenciando el azar que hiciese á Ricardo entrar en la familia...

Y tras este aplauso, tras otro corto silencio más intenso que siguió, un frenético «¡bien!» saltó imponente... y el palmoteo general se convirtió en tempestad cerrada de *bravos*, de aclamaciones.

Ladi volvió de su ensimismamiento.

El telón caía.

«¡Bravo! ¡Bravo!» se oía gritar con furias secas; y entre las voces trémulas que llamaban al autor, y el nutrido resonar de las palmadas, que le daban al teatro una apariencia extraña de manos que se movían por todas partes, pudo ver Ladi que desde la triple guirnalda de palcos y plateas se le asestaban todos los gemelos, y también los del joven duque... en una especie de inmensa corona de gloria por la gloria de su novio...

Roja de emoción, ahogándose en el ruido del aplaudir frenético, resonante en su oído como una granizada de perlas, con la nariz por la delicia dilatada en su cara ideal de caprichosa, sintió un vacío en las sienes cuando, bajó el telón á medio levantar, apareció un cómico y le arrojó al palco (¡á ella, á manera de solemnísimo homenaje!) el nombre de Ricardo..., lo cual arreció la tormenta de entusiasmo con un griterío imperativo y tremendo de—«¡El autor! ¡El autor! ¡Que salga!...»

Volvieron á brillar sobre el telón las luces del proscenio, y empezó aquél á subir con lentitud. La escena apareció desierta, deslumbradora. Ladi se

ahogaba, suspendida en el profundísimo silencio de la impaciencia del público por conocer á su Ricardo. No le había vuelto á ver desde aquella noche... desde aquella noche en que él pareció tan feliz y que ella encontró, en verdad, un poco simple... como tal revelación de cosas tan enormemente ponderadas... Pero le perdonaba la desilusión, ahora, completamente; ahora que iba á verle en la apoteosis de la electrizada multitud, en la claridad de gloria de las movibles luces de los bastidores, ofreciéndole la ovación con enamorada sonrisa! ¡Cuánto le quería!

La dama, aquella actriz elegantísima y espléndida, hermosa como una reina, y un actor buen mozo á quien el flamante frac le daba más aparatoso aspecto, tiraban del autor, que se resistía á salir, y que, al fin, asomó por el foro entre ambos..., pequeño, vistiendo una lamentable levitilla, pálido, con el asombro en los ojos y el pelo y el bigote como erizados. Junto á las graciosas reverencias de sus acompañantes, las del pobre autor, cogido por las dos manos, resultaban verdaderamente ridículas.

Ladi oyó decir en el palco izquierda!

—¡Qué feo!

—¡Qué raro!

Y la burlona Nita, la segunda vez que se alzó el telón, le comparó con... «un ratón recién salido de una jofaina.» En esto, al desaparecer el autor de espaldas al fondo, tropezó con un mueble, y el público entero, sin dejar de aplaudir, rióse.

—Vamos, que yo te digo que si lo sacan al empezar, el drama se hunde. ¡Qué demonio de levita!

No hacia falta esta burla más de la prima, porque ya Ladi estaba descompuesta. Desde enfrente, el húsar, en su actitud gallarda, la miraba y sonreía piadosamente...

Desvanecíase Ladi.

Se levantó con ligereza y se ocultó en el antepalco—sin que lo advirtiera apenas la familia, atenta á la ovación, que siguió ruidosa mucho tiempo.

Ricardo salio á la escena siete veces. Hasta la impresión primera causada en el público por la ridiculez de su aspecto, se le tornó en simpatía fuertemente fovorable á su pobreza y su humildad.

Cuando el padre de Ladi, emocionadísimo, fué á felicitarla, estrechando su mano, la encontró medio tendida en el diván del antepalco, temblorosos

los labios y la mirada sin luz. ¡Pobre sensitiva tronchada por un huracán de venturas!...

—Perdóname—la dijo;—ya comprendo tu cariño por ese hombre de genio, de porvenir..., y puedes decirle que desde hoy lo tendré á orgullo, ¡á orgullo! ¿sabes?... Mañana almorzará en casa con nosotros... Yo le invitaré.

—¿A quién? ¿A ese facha?—respondió Ladi, terrible de desprecio.—¡No pienso verle más en la vida! ¡¡Vámonos!!...

Y al impulso de querer levantarse del diván, cayó desplomada con un ataque de nervios.

Acudieron la prima y la mamá.

Le aflojaron un poco la cintura. Se repuso Ladi.

Pero sin consentir en volver siquiera al palco, salieron del teatro, que esperaba, ebrio de entusiasmo, los otros dos actos del maravilloso drama.



XIV

Ricardo, con su gabancete—que aún podía servir con el cuello levantado—, pero con cinco mil y pico pesetas en la cartera (del primer trimestre que acababa de cobrar), bebía tranquilamente cerveza en el *Lion d'Or*. Le acompañaban Rodríguez y unos cómicos.

—¡Chacho!—exclamó Rodríguez, que estaba leyendo *El Imparcial*, y dando un palmetazo.—¡Escucha! ¡Atiende!

Y leyó:

«Para el jueves próximo se anuncia un acontecimiento que dará lugar á una espléndida fiesta de la buena sociedad en el hotel del senador del Reino D. Severiano Villarroel y Castilla. Su hija única, la encantadora Eladia Villarroel, contraerá matrimonio en dicho día con el conocido y aristocrático

sportsman León Rivalta, vizconde de la Torrecilla de Alfaro.»

—¿Su novia?

—¡La que fué novia de usted?—preguntaron los dos cómicos.

Y Ricardo, cambiando de color, arrojando *El Imparcial*, que le había arrebatado á Rodríguez para leer el suelto por sí mismo, profirió en un rapto de malévola amargura, de venganza fría é inútil que no pudo reprimir:

—¡Mi novia!... Más que mi novia... Me acosté con ella,.. una noche... ¡Se la entrego!

Asombro.

Le preguntaron y relató punto por punto la historia de *su noche*. Luego, repuesto de la punzada de dolor hacia la calma, hacia la resignación, hacia el desprecio, que había logrado imbuirse en el pecho para Ladi..., se levantó, sonrió, encendió un pitillo, se alzó el cuello del gabán y se fué con dirección al Español, donde tenía en ensayo otra comedia.

—¡Eso es mentira!—comentó en seguida uno de los cómicos.

—¡Eso es mentira!—reforzó el otro.—¡Pues, digo, que así y que deja una muchacha á un hombre á quien le entrega su honra!... Y demás sabemos que le dejó ella... porque sí, por capricho. ¿Os acordáis? A todos nos enseñó la carta, él—una carta bien sosa y natural, por cierto..: «he comprendido que no te tengo el afecto necesario para formalizar las relaciones, como mi padre desea...»—¿Eh? ¡Más claro, la luz! ¡Pobre Ricardo! ¡Creímos que se iría á tirar por el viaducto aquella tarde!...

Rodríguez intervino:

—¡Sí, pobre Ricardo! Está sin duda un poco loco, desde entonces. ¿No le veis? ¡Parece tonto! Y mirad, señores, que es lo grande..., las contradicciones que se dan en el talento con frecuencia: Ricardo, autor dramático de cuerpo entero, indudable, incapaz de poner una sandez en cualquiera situación de sus obras..., y aquí le tenéis tan cándido, en la vida, para querer hacernos comulgar con la rueda de molino de una muchacha... á quien tan poco le importe el honor que se acueste con un novio y le deje al día siguiente, porque sí, para casarse con otro...

—Y más, hombre... ¿Os habéis fijado?... Absurdo hasta su modo de contar... Que llega, que

habla con ella á la reja *por primera vez*, que le dice: «¿Te escapas?»—«No, porque no tienes dinero.»—«Pues sé mía, entonces.»—«Bueno, eso sí, ven mañana.»—Y virgen, la niña... ¡Vamos, hombre, pues ni que se tratase de una lumia!...

—¡Está un poco loco, sin duda, sí! ¡Pobre Ricardo!

—¡Pobre Ricardo!

FIN

REVELADORAS



I

Gloria se peinaba al espejo, sostenido en la pared contra el tajo de la carne. Al otro extremo de la amplia galería, tirado en el canapé de mimbres, aguardaba Rodrigo á su hermana con los cromos, para pegarlos en las hojas nuevas del álbum que ya tenían orlas de platilla.

—¡Gloria!

—Qué.

—Que venga mi hermana.

Continuó la doncella pasando el peine de metal por los puñados de su pelo rubio, sacudido y abierto en manojos ondulantes sobre los brazos desnudos. La sofocaba el resol, filtrado en aquel ángulo, desde un metro de altura, por la inmensa lona que entoldaba el patio.

—¡Gloria!

—¿Qué?

—¿No has oído?

—¡Menos genio, entiendes?... Me dijo que esta siesta no podría venir y me dió los cromos. Cógelos; aquí los tienes en el banco.

—Pues tú los traes, ¡hala!

—¡Uaaá!—hizo Gloria, volviéndose y enseñándole la lengua.

¿De dónde habría sacado la señora estos dos hijos tan bobos? Muchas noches se venían á la cocina á ver cómo pelaban patatas ella y la otra compañera, Vicenta; y si no estaba también la vieja ama Charo, les contaban ambas, por reirse, cuentos verdes... ¡por reirse al mirar la cara de tonto de Rodrigo, que *no entendía*, y la cara de Petra... que ya los iba entendiendo demás y se disgustaba algunos ratos... «porque decían *aquellas cosas delante del niño!*»

¡Bah, qué niño... que cogía en el canapé más que un gastador!

Le estaba viendo Gloria en el espejo, sin dejar de peinarse. Pero volvió él á llamarla con imperio y se levantó al fin, sin prisas, demás confiada en la bondad del muchachote, guapo como una niña é inocentón hasta lo increíble, á pesar de sus trece años.

A la vez que le irritaba á Rodrigo tener siempre que enfadarse antes que le obedecieran las criadas, le entristecía el desvío de su hermana para él—cada día más grande. Por eso rezumaban lágrimas sus ojos cuando se le acercó Gloria llevándole los cromos en el delantal, mal cubiertos los senos por el justillo suelto.

—¿Lloras porque no viene la señorita?—le increpó, parándose en burlesca admiración.

—¿Qué señorita?

—¡Toma! ¡Qué señorita! ¡La «señorita Petra»! Tu hermana. Me mandan que la llame así... ¿No has visto que le preparan trajes largos?... ¡Tú eres tonto!

—¡Mejor!

—No puede venir porque está escribiendo una carta á... una carta para... Esto no me lo dijo ella, pero yo lo se... Porque está escribiendo una carta..., una carta en papel de flores!

Se sentó al borde del canapé, á fin de vaciar los cromos en el asiento.

—¡Vaya, á que no sabes á quién le escribe? ¿No lo sabes?... ¡Tú eres tonto, hombre!

—¡Mejor!—gritó de nuevo Rodrigo, cerrando los párpados por deshacer las lágrimas.

—¿Crees que una señorita de quince años va á pasar su vida jugando á las muñecas? Tendrás que jugar solo. Y di, vamos á ver, ¿á que no sabes tampoco por qué este invierno te sacaron la cama del cuarto? ¿Por qué quitaron de la habitación de Petra tu cama? ¿No dormíais juntos?

—Pero han dicho que porque estuve malo, y volverán á llevarme!

—¡Bah, no sabes nada, chiquillo! ¡si tú mirases!... Y te da miedo por las noches, y tu ama vieja te dice cuentos al dormirte, y te dará el pecho todavía. ¡Pobre niño chiquitín!—exclamó en seguida, pasando una mano al otro lado del canapé para inclinarse á Rodrigo y estamparle un beso— ¿Quieres jugar conmigo? ¿Quieres? ¡Vamos, di!... ¡O quieres teta! ¡Verás, toma..., yo soy tu ama!

Mientras él se tapaba disimulando el llanto y esquivándola, Gloria, doblándose hacia él, cubríale con el cabello la cabeza como en un fanal.

Un puñetazo descargó Rodrigo en aquel seno blanco y duro, cuyo contacto en la boca le había causado impresión de asco insuperable.

—¡So puerca! ¡Cochina! ¡Ahora se lo diré á mamá!... Y le diré también que sales á peinarte

al fregadero, y llenas de pelos los platos. ¡So puerca! ¡Puerca!

Corrió lleno de ira, gruñendo, con los puños apretados, tropezándose en los muebles y sin hacer caso á la doncella—que allí sentada, al aire sus blancos senos de rubia, reíase llamándole y le indicaba que no despertase á la señora...¡ Vaya, ni que no supiese que el ama Charo le daba tetita al dormirlo! ¡Pobre nenín, que ya no jugaría más con la hermana!...





II

Sin embargo, le había visto escapar tan decidido, que, temiendo que el simplote fuera á contarlo, resolvió observar por allí dentro. Cogió su blusa en la cocina y se abrochó. Se anudó el cabello.

En el recibimiento no halló á nadie, ni en la sala. Todo estaba á obscuras, y silencioso y cerrado el cuarto de doña Luz... Cuando se retiraba la llamó Petra, entreabriendo la puerta del tocador. Volvió «la señorita» á cerrar y la mandó sentarse. «Concluía.»

También se sentó Petra á escribir, doblada afanosamente en la mesita llena de pliegos rotos, con los pies cruzados á un lado de la silla, descubriendo al borde de la falda los tobillos y los zapatos finos como guantes. La hermosa trenza de azul de acero, en fuerza de ser negra, caíale por la espalda sobre el matiné de medio luto.

se marcharon. Después me puse en relaciones con un señorito muy guapo—continuó, apresurada para aturdir á Petra con su sonrisa maligna y no dejarla preguntar;—el señorito de mi amos.. Ya se ve, le entraba el chocolate todas las mañanas, y el señorito acabó por enamorarse. Una noche fuimos de máscara al baile, cenamos y me achispé un poco... ¡Le digo á usted que se divierte una de veras con los novios!

Petra estaba violenta, casi avergonzada de no sabía qué adivinaciones terribles que no podía en modo alguno conciliar con la tranquila jovialidad de la criada.

—¡Bien!... ¡Vosotras... tenéis otra libertad!—repuso para atajar la conversación con un asomo de reproche digno, seco, que picó á Gloria.

—¡Cómo! ¿Más libertad? ¿Y las señoritas?... He servido desde entonces á bastantes, y podría contar de señoritas largo y tendido. ¡Oh! En estas cosas no hay señorío que valga, y no es preciso ir á los bailes... ¿Conoce usted á Salvadora Villarreal?

—De vista.

—Pues á la reja, Salvadora Villarreal, cuando

yo servía en su casa frente al Parque..., ¡qué! ¡á media noche la dejó en camisa el novio!...

—¡En camisa!... ¡Oh, Gloria!

—Pero así, como le digo á usted yo que lo sé porque se me vino llorando á mi cuarto á despertarme; ¡si usted no conoce el mundo, señorita!..., llorando á suplicarme que saliese á pedirles sus ropas á aquellos tres: al novio y dos amigos del novio, que habían sido también los novios primero, todos en broma y en jarana por apuesta..., saliendo cuando ya estaba ella desnuda, de unos árboles...

—¡Oh! ¡Calla! ¡Calla, Gloria!... ¡¡Qué sinvergüenza!!... ¡Eso es mentira, Gloria!... ¡¡Se necesitaría ser muy indecente para eso!!

Habíase levantado la chiquilla con nerviosa indignación, y Gloria se acercó para cogerle la barba, siempre sonriente...

—¡Pobre Petrita! La verdad es que no me acostumbro á llamarte de usted. Daré tu carta á la noche. ¡Tú irás aprendiendo de lo que una novia es capaz, poco á poco!

Dándola un sonoro beso, escapó.

Petra se desplomó en la butaca. Vaga repugnancia de no sabía qué perspectivas ingratas la

invadía. Sintió impulsos de llamar á la doncella y romper la carta. Aquella carta escrita, en verdad, porque su criada y sus amigas del colegio se obstinaron; inútil, falsa, mala, puesto que mentía en ella, y puesto que por ella, como si efectivamente fuese el principio de una reprochable acción, huía y se escondía de Rodrigo y de su madre.

Le entraban ganas de llorar, sofocada por la visión de la novia en camisa, á la reja, vista á la vez por el novio y por los otros escondidos en los árboles..., ¡vista también por Petra, aquí, á través de sus candores de ángel, á modo de odiosa pena de sonrojo y de deshonra al final de un sendero de pecados de amor, negro como la noche!..



III

Mas quien había llorado arriba, en la azotea, adonde subió en fuga de la ingratitud de la hermana que no quería nunca jugar, fué Rodrigo, escupiendo, pasándose lleno de ira la mano por los labios á fin de borrarse la impresión sosa y abominable del pecho que, burlándose de él como si fuese un bebé, había intentado darle Gloria. Se acordaba de que ya otra vez hizo lo mismo, ¡la puerca!

Luego lo olvidó todo Rodrigo durante la siesta, matando avispas y calcando un mapa.

Cogía el ancho de la casa la azotea. Allí tenía él el velocípedo, con amplitud para correr. Hacia el patio, desde una balaustrada llena de macetas, la continuaba el tejado de la galería. Unos camaranchones abuhardillados que servían para trastos y para evitarle al piso de abajo el calor, la aislaban completamente de la calle. Petra teníala con-

vertida en jardín, con sus flores, y Rodrigo en gimnasio al extremo lindante con la iglesia; por el otro una tapia de dos metros establecía la frontera con la azotea de la fonda, que en la pintoresca fachada principal ostentaba el rótulo de *Hotel de las Colonias*.

De silla y de mesa á un tiempo, en que instalaba sus papeles y sus pinturas, servíale al niño uno de los sofás de ladrillo que á lo largo de los desvanes se embutían entre puerta y puerta. Iba iluminando el mapa. De improviso derramó el vaso del agua—sobrecogido por un tremendo campanazo que le sonó encima. Daba las seis el reloj del Carmen. El dibujo se le había mojado... Tras de contemplarlo lastimosamente, decidió tenderlo al sol, en el suelo, sobre un periódico... Esperaría: tomó carrera y se prendió y subió de riñones al trapecio, quedando sentado tranquilamente, en balanceo suave, caída la cabeza contra el cordel, en tanto contemplaba allá arriba las campanas que le asustaban siempre.

Eran los tejados de la parroquia—un pueblo singular y desierto como un cementerio de bárbaros panteones—la única decoración que le abs-

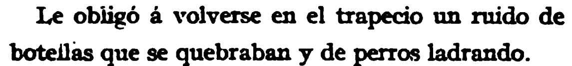
traía allí, donde el horizonte se estrechaba en cercanos muros por todas partes. Siguiendo el pretil que daba al patio, y perpendicular á la azotea, una estrecha explanada corría sobre la parte del edificio destinada á vivienda del párroco. En una rampa de cal se abrían tres escalerillas irregulares salvando el desnivel de los cruceros; y á partir de ellos, y de una linterna cuyas ventanas de visillo verde resaltaban sobre las pizarras de la media naranja del baptisterio, empezaba un laberinto de encrucijadas y angosturas como senderos que ascendían y bajaban en declives rápidos por encima de las bóvedas, detrás de los antepechos y cornisas y entre las cúpulas laterales y el gran cimborio que volaba en el espacio cortando el azul con su panza colosal de renegridas tejas.

Otra escalera adosada al muro del cimborio, en semicaracol, llevaba á la terraza del alto campanario que hacía de torre, donde los arcos, abrumados por nidos de cigüeña, lucían los ladrillos como heridas sangrando en la argamasa. Nada de adornos ni arquitecturas; se trataba del revés—que sólo Dios debía ver—del techo de un viejo templo, por dentro remozado y coquetón para los fieles; los an-

denes eran de hormigón, desconchado igual que las paredes, para bien de lagartijas; y en grietas, pilastras, tejadillos y agujeros, toda una fauna de volátiles se conmovía cada vez que venía á turbar el reposo de la siesta el poderoso vibrar de las campanas, tañidas por el rodaje del reloj ó por los monagos colgándose en la sacristía de las maromas.

De memoria se sabía Rodrigo aquellos vericuetos. Saltando el tabique—gracias á que apenas si subía allí de mes en mes el sacristán—los recorría á menudo, en divertidas cacerías de cernícalos y gorriones; cuando no por el placer de trepar y descolgarse como en una excursión entre montañas—ó mejor aún por sentarse en la torre bajo la campana gorda y contemplar el panorama de la ciudad y de los campos. La soledad se le metía en el alma, causándole una especie de crispatura de terror que le gustaba y que aguantaba bien, particularmente por las tardes, cuando el alegre escándalo de las aves le rodeaba en los aires y á lo lejos oía cantar en la galería á sus criadas; porque hay que confesar que nunca de noche, aunque se hallase á gusto tomando el fresco en la azotea, pudo á solas soportar la visión de las mo-

les obscuras, ni siquiera al resplandor de la luna, que las azulaba con azul fantástico haciendo fosforecer reflejos de cristales y arrojando de cúpula á cúpula siniestras manchas de sombra bajo el alto cielo...



IV.

Le obligó á volverse en el trapecio un ruido de botellas que se quebraban y de perros ladrando.

Vió por la tapia del hotel una naranja lanzada al alto... y en seguida otra... y otra... que empezaron á cruzarse en un subir y bajar gracioso. Momentos después no eran tres, sino seis ó siete las naranjas, trazando por el aire un arco en que se perseguían sin cesar...

Incapaz de resistir la curiosidad, se arrojó del trapecio. Iba á verlo. De puntillas y cargado con la escalera blanca de la percha, la adosó al tabique, comenzando cautelosamente á subir.

Una niña estaba en la terraza de la fonda, rubia como las muñecas, cuya melena rizada le caía sobre el guardapolvo de dril ondulando en el gentil balanceo de los brazos y sujeta por una diade

ma de piedras verdes. Estaba de espaldas. No le sintió. Las naranjas volaban como una guirnalda sobre su cabeza, dilatándose, extendiéndose, ciñéndosele otra vez hasta parecer que le llegaban á rodar por las sienes, obedientes á las rosadas manos que las impulsaban con ligereza de encanto —mientras que el talle flexible y firme se tendía ó se doblaba, ora sobre la punta de los pies erguida, ya á uno y otro lado, ó con el busto atrás y la cara al cielo, rodilla en tierra, en tan violenta flexión de todo el cuerpo, que tocaban el zapato blanco las puntas de la áurea cabellera... Y siempre la hermosísima criatura rodeada por aquel aro girador que parecía extasiarla fingiendo los anillos de una rojiza serpiente... Cerca, en un banco, tenía una citara y un arpa. Enfrente la contemplaban atados y mimosos, dos perros de San Bernardo.

Cada vez que la niña, arrodillándose, echaba atrás la cabeza, Rodrigo se ocultaba tras la tapia. Por último le vió; los perros gruñían y habían ladrado. Ella interrumpió su juego. El, deslumbrado por la brillantez singularísima de aquel rostro, se quedó mirándola también. Había recogido en la

falda las naranjas y enseñaba los encajes azules de su enagua de seda, á media pierna, estallando la vigorosa pantorrilla en el calcetín escocés.

—*¡Molk!* ¡schut!—le gritó, dando en el suelo una patada, al perro que refunfuñaba aún.

Inmediatamente sonrió á Rodrigo, dedicándole una reverencia.

—¿Quién te enseña eso?—preguntó éste animado por la plácida jovialidad.

—Yo lo aprendo—respondió la muchacha con acento extranjero, dulcísima la voz y amable.

—¡Será muy difícil, ya lo creo!

—¡Oh! Aquí, en el suelo, no; se hace. Es que quieren que lo haga en *panneau* sobre *Stern*, que galopa muy alto.

—¿Cómo?

—Corriendo encima del caballo.

—Pues te caerás. ¿Quién te coge á ti?

—Nadie. Voy de pie encima. ¿No me has visto en el circo?

Redobló hacia la niña su curiosidad. Se acordó de haber leído anuncios por las esquinas con la llegada de una compañía ecuestre.

—¡Ah! ¿Tú eres titiritera, entonces?

—Acróbata y excéntrica musical—rectificó la niña con una suerte de ofendido orgullo.

Soltó las naranjas en el banco, se sentó el extremo y cogió la cítara.

—¿Ves? Toco esto, y el violín, y el arpa, y en botellas y copas de agua. Hago el volteo también en mi jaca *Kaiser*. Me llamo Elia Deval. Miss Elia. ¿Has visto los carteles? Pues... ¡yo soy!

Callaba Rodrigo, admirado—y un poco ahora con ganas de reir ante la nueva reverencia llena de cortesanía y de gracia que acompañó la chiquilla á su presentación. Lista, desenvuelta, tan rubia, tan rubia y linda, estábale haciendo recordar las princesitas encantadas de los cuentos que él leía. Y le parecía una mascarita Miss Elia, una muñeca que se riese y que tuviese los ojos de cristal verde y hechos los dientes de nácar. Pero ¡qué bonita!... Cuidado que lo era de verdad su hermana Petra—y ó ésta le ganaba, ó es que le chocaba á Rodrigo la animación de feria de sus colores... La cítara tenía incrustaciones de marfil y níquel, y las cuerdas de plata. El arpa era dorada y roja.

Cruzadas las piernas, el codo en el respaldo y en la mano reclinada la cabeza, prosiguió Elia su

presentación. Su madre era inglesa, pero ella vino de Londres á los tres años. Llevaba nueve en España. Estaba ahora con otros de la compañía; la tenían Grossi (un *clown* italiano) y la equilibrista Andrée, que conoció á su madre, muerta por un caballo en Lisboa. No había tenido padre nunca. Andrée la quería bien; Grossi la pegaba cuando la caía *Kaiser*. Del *clown* eran aquellos perros, y los cuidaba: valía cada uno seis mil francos. Se trabajaba en el circo demás: por las tardes ensayo, y de noche concluían las funciones muy tarde...

—Y tú, ¿eres español?

Esta vez se rió Rodrigo. Le hizo gracia la pregunta; como si á la edad de ellos se pudiera ser español, ni inglés, ni nada. Y contestó modestamente:

—He nacido en esta casa. Pero, anda, luego tocas. Vuelve á hacer eso: ¿cómo se llama?

—Juegos icarios. ¿Nunca lo has visto?

—Nunca he ido al circo ni al teatro. Hace ocho años que murió papá, y luego una tita mía, y hemos estado de luto. ¿Qué haces para que no se caigan las naranjas?

—¡Cogerlas! Para aprender hay que acostumbrarse poco á poco.

—Si te viese aprendería. Le diré á mamá que me lleve al circo.

—¿Vais á estar mucho?

—No sé.

—¿Vives ahí, en la fonda?

—Aquí vivo.

Tras una pausa, interrogó ella á su vez:

—Y tú, ¿qué eres?

—¿Yo?—repuso el niño sonriendo—. Nada.

Sólo que en seguida sintió vergüenza, delante de una muchacha más pequeña que ya tenía una profesión, y queriendo, además, corresponder á sus galanterías, puntualizó (con una modestia llena de arrogancias para el porvenir) que no era nada aún, pero que estudiaba y sería gobernador, como fué su padre. El señor cura, D. Alberto, le daba lección en casa, pues aunque iba á examinarse de segundo curso en el Instituto, tenía matrícula de enseñanza libre. Por las tardes paseaba con el señor cura, y antes con la mamá y con la hermana, al machón de la fábrica de electricidad, ó á la vía, donde hacían tijeras y sables aplastando alfileres al pasar el tren. Habían estado cerca de cuatro años en su cortijo de *El Galapagar*, al mo-

rir su padre; mas tuvieron que venir para que fuese Petra al colegio de las monjas, y allí se había ido ella echando amigas... Por eso no había visto nunca el circo, y salía ya con el señor cura casi siempre...

Subiendo de la galería, se oyeron voces.

—¿Ves? Me llaman. D. Alberto va á venir. Anda, juega un poco á las naranjas, que te vea.

Le obedeció Elia, sonriosa y dulce, con su hábito de artista complaciente con el público. Y empezó á explicarle, arrojando las naranjas despacio:

—Mira, así... y se coge ésta con cuidado... Y ésta... Y ésta... ¡Lo aprenderás, no es difícil! Hazlo con dos primero... Fíjate: se tira una... cuando baja, la otra... La una... la otra... Sin mirar la mano, arriba sólo... Y si se quiere, atiende, se van pasando de mano... tira la derecha... coge la izquierda... Así... Así... Así... A ver si puedes. ¡Tómalas!

Le echó las dos naranjas, que cogió Rodrigo sucesivamente al vuelo, con lo cual cobró ánimos. Afirmándose en la escalera, lanzó primero una y luego otra por el aire... Ambas le botaron en el pecho, rodando á los pies de Elia, que reía.

El se reía igualmente, discípulo dócil, en confesión de ineptitud.

Y le vió ella de pronto desaparecer, como un muñeco de sorpresa.

—Bueno, ¡adiós!—había dicho.



V

Partía escapado á buscar á Petra y subirla para que viese también á miss Elia, tan pequeñita, y que sabía hacer tantas cosas y tenerse de pie sobre caballos al galope. Le dirían á la mamá que los llevase al circo.

Un rumor de conversaciones le detuvo en el recibimiento.

Su hermana y su madre estaban con amigas que cada vez venían con más frecuencia... que venían ya casi todas las tardes. A la izquierda, vió por la tijera de la puerta, en el balcón, á Petra, acompañada por Aurora Reina, que se le había vuelto antipática desde que le dijo un día, igual que Gloria, «marica» y «Periquito entre ellas», mandándole que las dejase y se fuese á jugar con los amigos. ¡Como si él, que nunca salía sino con el cura, pudiera tener amigos ni los quisiese tampoco!

No se atrevió á entrar; se acercó á la derecha hasta la puerta del saloncillo, donde estaba su madre, y conoció por la voz á doña Nieves, la mamá de Aurora. Estaba también Josefina, aquella señora alta y guapa, más joven que ninguna, y que le cargaba á él por sobona y besucona..., ¡cogiéndole sin cesar sobre la falda para acariciarle igual que á una niña de seis años!

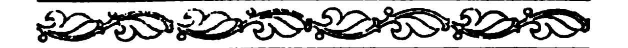
Por el llavero las veía y oía que le decía á su mamá doña Nieves:

—Tiene usted á la muchacha boba de puro no separársela de al lado... ¡y hay que vivir, querida! Serán indispensables en la aldea lutos de siete años, mas no aquí. Se ha metido usted á vieja antes de serlo. Quien se aisla de la sociedad se olvida, y las amistades valen lo mismo que el dinero. ¡Cada cosa á su edad, amiga Luz! Así como así, ese chico que la ronda es lo más distinguido de la ciudad; una suerte para ella si llegaran á casarse. Déjesela á mi Aurora, que lo entiende.

Comprendió Rodrigo que estorbaría si entraba, que también doña Nieves le mandaría á jugar como otras veces. Se alejó en busca del ama Charo, para vestirse, llevando la sensación de que so-

braba por todas partes dentro de su casa en cuanto iban estas gentes extrañas á apoderarse de las salas y los balcones y á hablar de cosas que ni le importaban, ni, por lo visto, debía escuchar... A Josefina y doña Nieves, tan festejadas por los demás, no podía soportarlas Rodrigo. Diríase que habían venido á apoderarse de todo, á mandar en él, en su casa, en su hermana y en su madre.

Le ayudó el ama á vestirse. Llegó el señor cura y pasearon esta tarde por el fuerte de San Juan, cogiendo lirios. Antes de dormirse esta noche, estuvo pensando mucho rato cómo diantre podría la titiriterilla jugar con seis naranjas á un tiempo...



VI

Sintió á la niña en su azotea y corrió á la tapia.

—Buenas tardes, Elia.

—Buenas tardes, Rodrigo.

Elia subía infaliblemente después de comer á cuidar los perros, los monos y las dos catalas. Rodrigo la vió ir á su oficio, de jaula en jaula, riñendo á *Gut*, que trepaba por la alambrera y no dejaba nada á los otros; acariciando á *Molk*, que gruñía y estiraba la cadena, moviendo la lanosa cola por plantarla las manazas en los hombros.

No la interrumpía Rodrigo hasta que ella distribuía los dos panes despedazados en su falda. La castigaría el *clown*, de hacerlo mal...; y ya en las tardes anteriores habíale contado Elia á su amiguito la crueldad con que la pegaban por cualquier cosa: cuando en los ensayos sobre su jaca andaban torpes, le tendían indiferentemente el látigo á la

brillantes destellaban en el carmíneo lóbulo de sus orejas, arropadas por el pelo sombrío y pesado.

Pero sonrió con amargura, con una amargura infinita de vida y juventud perdidas: pasábase el marido los meses en Madrid, á pretexto de las Cortes, á pretexto de perpetuos asuntos del distrito. ¿Se había casado para abandonarla tan cruelmente, porque necesitasen los electores ó no un agente de negocios?...

Se hallaba nerviosa: llevaba ahora cincuenta días en una soledad desesperada de amor..., con aquella suegra fiscal y con aquel sacristanesco secretario viejo en casa—en este maldito pueblo de cáscara de nuez, donde todo se sabía, y donde infundía la mujer del diputado veneraciones de santa consagrada en un altar... en un fanal...

Y la santa se acostaba y no dormía, dándole vueltas al martirio de su temperamento de brasa en aquel lecho inmenso y solitario. Esto no se lo perdonaría al marido: y tanto menos cuanto que, aun en sus raras temporadas de campestre descanso de «hombre público» (¡qué no haría él por Madrid!), se convertía el diputado en enamorado ardentísimo... que la fatigaba, que la rendía: exacta-

mente lo mismo que al principio de su matrimonio, cuando, en fuerza de locuras sin nombre, la despertó el hábito de estas ansias infinitas.

Llegaba alguien.

Rodrigo, que se puso como un hombrecito enfrente, alargándola la mano:

—Buenas noches... Es tarde, ¿verdad?... Pues todavía no acaban mamá y Petra de vestirse.

—¡Hola. Rodrigo! Tienes prisa tú, ¿no es cierto? Descuida, que está el coche abajo... Pero ¡qué crecido estás, demonio! Siéntate: dame un beso.

Le tiró de la mano, y le dejó caer sentado encima de su falda—derramándole en seguida una verdadera lluvia de besos.

—¡Caramba! ¡Si eres todo un hombre, Rodrigo!... ¿Cuántos años tienes?

—Trece.

El niño intentó ponerse al otro lado del asiento, un poco aturdido y con una inquietud, por toda su carne, transmitida desde aquel trémulo regazo que le sostenía, mórbido y abrasador; con una inquietud aspirada en la fiebre de los besos y en el intenso perfume de las gasas de aquel pecho que él

aplastaba con su hombro—porque el brazo de Josefina le ceñía tenazmente la cintura. No advertía ella su afán, y persistió en retenerle. Esto le daba rabia: no era él tan pequeñito para que las criadas y las amigas de su madre se empeñasen en seguir tratándole como cuando le rizaban el pelo vestido de muchacha.

—¡Trece años! ¿Y tienes novia? ¡Porque á los trece años eres tú muy capaz de tener novia, chiquillo!

Acabó esto de ponerle encarnado; y ella, entonces, reíase y le volvía á besar... para desenojarle.

—¡Pobre Rodrigo! ¡Qué ojazos tienes, por Dios! ¡Estás tú más desarrollado que muchos!... ¿Haces gimnasia, eh? ¡Se te conoce! No, no, y pronto habrá que dejar de besarte delante de gente, á ti... ¿sabes?... de tan hombrón que vas siendo... ¡Bien pronto! ¿Te has fijado en que tienes ya hasta tu cierta sombra de bigote?

Habíale derribado sobre el brazo izquierdo en su transporte de afecto, y mientras con la otra mano le sujetaba la barba, inclinábase á besarle las mejillas, de tiempo en tiempo, riendo siempre, entre exclamaciones joviales.

—¡Rodrigote!... ¡Muchachón!...

Era una prisión dulce que le torturaba. El niño, como una amapola, tenia bajos los ojos y sentía en su cuerpo, á través de la seda crujiente y resbaladiza, el calor de Josefina... santo como el del regazo mismo de su madre, de quien esta señora era amiga, y que, sin embargo, le llenaba de vergüenza y confusión... de no sabía qué cosa que pugnaba desde su sangre por romper en su cerebro como una revelación maravillosa y consciente de algún enorme misterio de la vida... Y sentia también, cuando aquellos besos le estrujaban jugosos la boca, una cosa extraña que le violentó más... y que no podía explicarse... algo así como si le besara con besos que... en fin, ¡no sabía... con besos que nunca le habían dado á él... ¿A qué venia todo esto?... Precisamente por ser tan «besucona» esta señora le fastidiaba y no la miraba nunca frente á frente, por vergüenza, ó por rabia, ó por lo que quiera que fuese....

De pronto, se lo quitó ella de encima. Se había abierto la puerta, apareciendo Gloria—que al notar el brusco ademán, se detuvo azorada, vacilando si marcharse...

—Entra, entra, muchacha. ¿No están? ¿Qué quieres?

—Los guantes de la señorita. Sí, están ya arregladas.

Veíanse encima de un mueble los guantes.

Mientras fué Gloria á cogerlos, Josefina se dobló hacia Rodrigo aún y le dió un maternal beso en la frente.

—Es gracioso eso, chiquillo. Pero, en fin, en el coche seguirás contándolo... ¡Nos vamos!

Se puso de pie y salió inmediatamente que Gloria, llevándose la manteleta al brazo.

Y como Rodrigo no había contado nada, continuó un momento desplomado en el sofá—sofocado de calor y con los ojos muy abiertos, cual si quisiera en un agudo empeño de su vida penetrar aquel intenso misterio que hubiese, fugaz, aleteado alrededor suyo.



IX

Alcanzó en la escalera á todos.

En el landó, abierto, por la hermosa noche, se sentó cerca de su hermana y enfrente de su madre. Esta llevaba al lado á Josefina, hablándola de que había despedido á la cocinera á causa de su empeño en echarle ajos á la sopa. «Tan terca, que los echaba machacados últimamente para que no se viesen... y sabía siempre la sopa en su casa á fósforos...»

Cuando pasaba el coche junto á los escaparates de los comercios, miraba el niño con recelo á Josefina, siempre con su conversación de la cocinera... Pero descubrió al final de una calle las luces del circo, y ya no pensó sino en lo que iba á ver, en su amiguita Elia, que correría sobre el caballo.

Exactamente igual que se había Rodrigo asombrado cuando le explicó don Alberto que las estrellas eran mundos mayores que este mundo nuestro, que le parecía un globo colosal rodeado de un cielo con chispas de luz, así ahora le asombraba, con no menos intensidad, pese á la pequeñez de la comparación, que este circo, por junto á cuya fachada vieja había pasado muchas veces, tuviera dentro un recinto capaz de contener tantos dorados, tantas luces y tanta gente que se reía en un escándalo de carcajadas á la vista de los *clowns*...: luego había verdaderas diversiones fuera de su casa: luego Elia tenía razón, y el mundo de la alegría era más grande, más amplio que aquel mundo que él creyó reducido á sus sauces del islote, á su azotea con la vecindad de las cúpulas del Carmen y á sus paseos con el señor cura camino del Vivero.

Una despierta inquietud le hacía girar la cabeza con ojos investigadores, como quien iba aprendiendo á sospechar un misterio oculto en cada una de las insignificantes cosas. Y aunque no pensaba ya en los besos y la mentira de Josefina, dijérase que con la boca habíale ella infundido

gran parte de su curiosidad esta noche. En la gloria de claridad vertida por los globos eléctricos y por las baterías de bombillas que de columna á columna recorrían la altura, veía los demás palcos como una orla movible de gasas y abanicos y trajes claros ciñendo la pista y los círculos de sillas de su alrededor. Detrás se agolpaban los espectadores en la valla que limitaba el paseo con la barrera blanca de la gradería, por cuya niebla de luz subían las filas de cabezas á perderse en multitud informe sobre el rojo sombrío del decorado.

Rodrigo lo miraba todo. Le atraían los saltos y las bofetadas de los *clowns*, vestidos de púrpura y con grandes soles á la espalda; pero el estruendo de las carcajadas del gran público, rodando de las gradas como descargas de fusilería, le hacía volverse atrás, muy serio. Después descubría en la penumbra del techo trapecios colgados y extraños aparatos sujetos por cables de alambre que cruzaban el espacio en todas direcciones: y siguiendo el desorden de su atención, desde los antepechos calados de la galería alta y desde los arabescos y purpurinas de las cenefas, caían sus ojos en el telón del escenario, allá enfrente, donde

un pálido celaje, visto entre pintados cortinones de raso y terciopelo, prestaba su frescura á un grupo indolente de diosas. Una aparecía más rubia, en primer término, desperezándose con los brazos en alto y erguida la espalda sobre la hermosa cadera de perfil; precisamente, por dos veces, desde aquella mórbida desnudez pasó la mirada de Rodrigo á los labios de Josefina—yendo al fin, como en fuga, á los juegos y extravagancias de los payasos.



X

En cambio, la curiosidad de muchos espectadores de los palcos y de las sillas parecía tener al de Rodrigo por objeto. Buscaban los lentes á Petrita, divina con su pelo obscuro partido en bandas y su vestido claro que le aprisionaba el talle; graciosamente apoyado en la almohadilla escarlata de la baranda el antebrazo, cubierto por el guante, entre cuyos blancos dedos brillaba el nácar de lo gemelos. Buscaban también á Josefina, con su arrogancia de mujer hermosa y su distinguida altivez de virtuosa dama, sentada junto á la noble doña Luz, que vestía severamente de negro.

Al entrar, habían contestado acá y allá los saludos de algunas personas de su amistad. Aurora y su madre estaban con la familia del gobernador; Pedro Luján, en el palco del teniente coronel Romero, y Luis Contreras, en una silla de primera

fila, cerca del callejón de las cuadras, donde, cuando terminaron los *clowns*, una doble fila de criados con librea azul dejó calle á un equilibrista, mientras la orquesta rompía en un vals lento. También estaba en sillas Román de Herrera, el joven estudiante de último de Leyes, y ya novio de Petra.

—¡Tonta, mírale! ¡Vuelve la cabeza!—la aconsejaba Josefina.

Y como en la disposición que se habían sentado quedaba Petra dándole al novio la espalda, esperó que el equilibrista concluyese y le propuso á la joven cambiar de sitio, con el pretexto de «favorecer á los enamorados». No tardó en descubrir algo ingrato; cerca de Román ocupaba otra silla el maldito notario eclesiástico... el único hombre que con su capa de beato osaba hacerle la corte... ¡pero qué hombre, gran Dios!... Le observaba mirarla con descaro, á través de unos enormes gemelos negros de latón, por debajo de los cuales, y entre sus manos morenas y huesudas, no se descubría sino la boca grande de macho cabrío, con dientes amarillos, rodeada de hirsuta y rizosa barba de azabache. El cráneo, completamente calvo,

excepto por encima de las orejas, relucía como una vieja calavera bruñida y puntiaguda.

Era la primera vez que le veía sin sombrero, y llegaba Josefina al colmo de la repugnancia. El hombre aquel, que á fuerza de cinismo quería imponérsele sin disimular siquiera su fealdad, la llenaba de ira. Pasaba de los cincuenta años, y ¡óh, adorador macabro!... ¿no juzgaba siquiera indispensable para merecerla ni aun limpiarse aquella uñas largas y achocolatadas por el tabaco, que lucían festones de negrísima porquería?

Rabiosa contra él, cayeron sus ojos en Rodrigo, muy atento á ver cómo cambiaba el espectáculo.

rielaban de reflejos como unos peces del aire incendiado en luz.

Rodrigo, con ambos codos en la barandilla y la barba en las manos, estaba absorto por el arriesgadísimo ejercicio. Había callado la orquesta, y miss Leotard se arrojó al trapecio oscilante de su hermano, donde la esperaba éste en corvas, asiéndola por las muñecas. Inmediatamente tornó á desprenderse hacia su trapecio, cogido al vuelo con admirable precisión; al despedirse de uno á otro, lanzaba pequeños gritos, resonantes sobre el silencio del circo como los gritos de la lechuza en los templos á media noche.

Igualmente Petra parecía maravillada con el espectáculo, que la hizo olvidarse de su novio y de la dignidad un poco violenta que quiso antes adoptar al verse adulada por la admiración extraña. Esto contrariaba sin duda á Román, sólo fijo en ella. Pero Petra surgía aquí, niña como era, con todo el candor de su alma excitado en la piedad de un peligro, en medio de las ansias egoístas que su belleza despertaba á los hombres y por completo ajena ahora á tales artificiosos enamoramientos y á tales pleitesías. Los gritos seguían ca-

yendo de la altura secos, imperativos, solemnes, cual avisos de alerta ante la muerte; y el cuerpo ligero de la artista cruzaba el espacio, mientras algunas señoras bostezaban en sus plateas y algunos caballeros se aburrían con elegancia leyendo los periódicos. Seguía callando el gran público, sobrecogido en un entusiasmo mudo de terror, y Petra y Rodrigo volvieron un instante á sentirse juntos por su antigua infantil atención de cariño.

—¡Oh, se cae!—exclamaron una vez que la Leotard se arrojaba, dando vueltas, á los brazos de su hermano; y hermanos ellos también, se estrecharon instintivamente la mano sobre la falda de Petra, permaneciendo así en alianza de amor, y mostrando siempre, con la mirada arriba, la pureza de ángeles en el blanco azuline de sus ojos. Vieron al fin á los voladores suspendidos uno del otro, inmóviles, para lanzar otro grito siniestro y precipitarse con una vigorosa contracción cada cual por un lado al vacío, cabeza abajo, dando volteretas en la caída hasta la red—que se hundió al recibirlos rebotándolos y haciéndoles rodar como pobres pajarillos enredados en las mallas... La ovación fué delirante. Se les hizo salir á la pista muchas veces.

modo de conseguir mayores admiraciones para fingir desdeñarlas... La magia que producen siempre los espectáculos en que el juego del arte se une al juego solemne con la vida, la abandonó bien pronto—igual que se le borraba el misticismo de las oraciones cuando iba á la iglesia con Aurora, que la distraía.

Tornaba Rodrigo á mirar la diosa desnuda del escenario, los dorados, las luces, los labios de Josefina..., la diosa otra vez..., las sonrisas de su hermana á no sabía quién...; y entre tanto, la madre los observaba á ambos, ó mejor dicho, hacía en en ellos reposar sus ojos de caricia, contenta porque se le antojaba estar más con los dos cuando no estaba la aturdida y absorbente Aurora: útil á pesar de todo, según decían, *para ir habituando á Petra á la sociedad.*

En el palco entraron el teniente coronel y su hija. Visita de entreacto. Por el lado de las sillas se acercó á saludar Pedro Luján. Las conversaciones se empeñaron pronto, de secretillo entre Petra y su amiga, y general para los demás. Pero estaba triste, mas nerviosa, la mujer del diputado, que se irritaba al ver de pie al notario encañonán-

dola con sus gemelos monstruosos. En un rato que doña Angeles dialogó con el artiliero, se inclinó á Rodrigo y conversó con él acerca de si le iba gustando el circo.

fia artista, que no paraba un segundo, sin cesar rodando ó corriendo con Grossi, mientras que los violines seguíanle á la orquesta su ritmo desenfrenado. Era un vértigo, un agitarse diablesco de remolino en pasos de baile inglés con zapatazos sobre la tabla, en saltos y contorsiones, en encuentros á cuyo tropiezo rechazábanse rodando, para erguirse y correr otra vez sin cesar la música, cada vez más viva, más apremiante... Y tocando siempre, tan pronto se veía á miss Elia en marcha triunfal por las piernas y el pecho adelante del *clown* tendido, al modo de Gulliber en sueño, como á él de pie y esperando que por el muslo se le encaramase encima para arrojarla desde los hombros en salto mortal: ó ya persiguiéndola y escapándose la *clownesa* por lo alto de la barrera, tirándose mutuamente los violines, que les caían al vuelo clavados bajo la barba, alcanzándola y colgándosela al brazo para que tocase cabeza abajo, despidiéndola y haciéndole caer de pie como los gatos: hasta que, por último, la recibió sobre la cabeza, espaldas arriba, y música, y *galop*, y Grossi, y miss Elia desaparecieron, cual habían entrado, en un torbellino de sorpresa, que no dió tiempo

al público más que para aplaudir y reirse locamente.

Palmoteaba Rodrigo, uniendo su gozo á la aclamación general; Grossi y Elia volvían, saludaban tranquilos ya, sin violines. Y una, dos, tres veces, fué Rodrigo, el niño, ¡qué bien lo advertía Josefina! quien recibió los besos llenos de gracia de la menuda artista, entusiasmada de triunfo.

—«¡Caramba, claro que podía saltar tapias sin escalera!»

Y puesto que Petra y Josefina parecían interrogarle acerca de aquellas preferencias, que habían hecho volver la cabeza á algunos, tuvo que explicar:

—Sí, somos amigos. Vive en el hotel y nos hemos visto en la azotea. ¡No tiene madre la pobre!

—¡Aaah!... ¡Bien, bien, niño!—prorrumpió la mujer del diputado, largamente, quedándose pensativa.

Empezaba otra cosa.



XIV

El caballo blanco salió á la pista, y mientras que lo paseaba un sirviente, hacia muecas un payaso, que se puso en seguida á enamorar á la bailarina que debía montarlo. Salvo que la artista, rubia también, era una gentil alemana que gustaba á los jóvenes de las sillas, este número aburrió evidentemente con sus saltos y sus aros de papel que la bella *ecuyére* iba rompiendo.

Pero de pronto, el circo quedó á obscuras, porque en el escenario, donde el telón se había levantado, debía bailar *serpentinas* la hermosa Armida Barton, una de las principales atracciones de la fiesta. Sonó la orquesta en las tinieblas, viéronse en la escena relámpagos de luz Drumont; y en dos haces de claridad, enfocada desde los bastidores, apareció como incendiada en fuegos metálicos una especie de gran mariposa. El público rompió en

largo aplauso frenético, y después se hizo nuevamente el silencio—donde brotaba como un conjuro el hilo de aquella música lejana.

Rodrigo hallaba fantástico el cuadro. No se movía. Los reflejos de hoguera, los cambios de colores, los torbellinos de olas rojas, azules, verdes, amarillas, que envolvían aquel cuerpo esplendente de hada, entrevisto apenas en los giros de su manto fúlgido y volador, le dieron la impresión de un sueño hermoso de fuegos fatuos en una noche infinita y negra. A lo mejor desaparecía la artista en un jirón de resplandores de grana, en una llamarada rota que se extinguía, y luego volvía á reaparecer en otro ángulo de la escena con los fulgores tenuísimos, fosforescentes como la estela de un astro, creciendo en ráfagas de luz cambiante para abrirse de nuevo en seno de incendiado y furioso mar cuyo oleaje la arrebataba y la hundía... Así fué un largo rato que le arrobó de encanto.

Cuando desapareció del todo y calló la orquesta y la blanca luz del circo inundó á los espectadores, provocándoles á una rabia desesperada de aplaudir, se alegró Rodrigo, porque esto sí hallábalo extraordinariamente bello y le gustaría que lo re-

pitieran toda la noche, aunque fuese... Mas su afán le engañaba: el público no quería ver sino el cuerpo de la bailarina, no en balde anunciada y célebre como hermosa. Volvió la obscuridad afuera y volvió á la escena la artista, arrebujada en su manto centelleante de gloria bajo el chorro de plata luz.—Sonrió, abrió el manto y apareció su cuerpo desnudo, absolutamente desnudo, de un rosa translúcido y suave en la gruta que le formaban las sedas pálidas donde se recogía la claridad nacarina de una colosal madreperla.

Y permanecía así, inmóvil, enseñándose, con su rosetón de pedrería en la diadema de la frente; desnudo, completamente desnudo el cuerpo incomparable.

Es decir, completamente desnudo para Rodrigo y Petra, que no conocían las mallas de matiz de carne con que cubría las suyas Armida. Para Rodrigo, sobre todo, que ya, aturdido y avergonzado, no volvió á palmotear cuando, al cubrirse la mujer, renació el escándalo que exigía mirarla nuevamente. Había que complacer. Era la condición del éxito... y otra vez después, y otra, y otra; y resonaban besos y aquello no tenía término..., y has-

ta la sonrisa y los brazos se le cansaban de extender el manto en una fatiga humilde para satisfacer la rabia sensual de tantos ojos.

Petra estábase acordando de la novia desnuda que, según Gloria, se mostraba al novio y sus amigos. No le pareció ya tan inverosímil—puesto que esta mujer se mostraba aquí delante de la gente. Rodrigo, por su parte, acordándose del pecho de Gloria y de los labios de Josefina, cuya respiración en la obscuridad estaba sintiendo, se preguntaba á qué venía esto..., por qué motivo querían verle el cuerpo á una mujer... Y la respuesta bullía en su sangre, en su corazón, en su cabeza ardorosa, como el principio aún vago é indeterminado de un contagio de la sensualidad feroz que hacía en aquel instante respirar con violencia á tantos hombres. «¡Oh, por qué, por qué le había besado Josefina y por qué miraba él también á su pesar el cuerpo de Armida Bartoni!»

A brotar terminante iba la respuesta, precisa, levantada en clara idea por los instintos que de su ser entero le subían al cerebro despertados por la femenina desnudez... Iba á brotar, iba á saltar la idea triunfante de un gran misterio más de la vida...

Pero cayó el telón para no alzarse, y el misterio sólo quedó quebrantado en el corazón del niño.

La luz blanca del circo le hizo apoyar la frente sobre la mano para descansar.



XV

Halló desprovisto de interés, ni más ni menos que el público, extenuado bajo la pasada obsesión del imperio de un deseo, cuanto seguía del espectáculo. Hércules levantando pesas y doblando barras, caballos en libertad, un hombre que imitaba con perfección notable cantos de pájaros...

—«¿Por qué se quería ver el cuerpo de Armida? ¿Por qué habían sonado tantos besos en lo obscuro?»

Pero Josefina, más que nadie, se hallaba fatigada, inquieta. Ya antes había hecho alguna indicación de cansancio.

Se le ocurrió algo de improviso, puesto que se levantaba.

—Ven, Rodrigo; llévame. Quiero saludar á la gobernadora... Un momento, ¿eh?—se disculpó con doña Luz—. Luego vuelvo.

Levantóse el niño. La siguió.

Pudo ella ir por la galería de los palcos, pero prefirió salir y dar la vuelta por el corredor desierto de fuera de la sala.

No llevaba prisa.

—¿De modo que... tú eres *amiguito* de esa joven, y la sonríes y te sonríe?...

—Sí—respondió breve Rodrigo.

—¿Que vive en la fonda de al lado de tu casa?... ¿y os veis en la azotea?

—Sí.

—¿Todos los días?

—Todas las tardes. Por las siestas.

El la examinaba perplejo.

Acortó ella el paso más aún, pero marchó en silencio.

Luego dijo, sin mirarle, muy despacio y observándose las puntas de los pies al andar:

—Tú, Rodrigo, debías decirle á tu criada, á esa Gloria, que no estabas sentado en mí ni yo te besaba antes..., sino que te me habías acercado para ver esta pulsera mía, que tiene una virgen del Pilar.

—Y... ¿para qué?—interrogó con miedo el muchacho.

—Para que sí—continuó ella más lenta y cortada—. Ya te lo diría si tú quisieses ir, como antes, á mi casa, á comer alguna vez.... ¡Ya no vas nunca!...

Puesto que él no replicaba, ella prosiguió:

—Te lo diría... Es decir, te reñiría, Rodrigo... porque tú eres ya un hombre... ¡un hombre!... no un niño..., y me has besado antes de un modo singular...

—¿Yo?—protestó la última inocencia del muchacho.

Pero llegaban.

—¡Sut!—impuso ella.

Y abrió la portezuela del palco.

Tardó Rodrigo buen rato en llegar al suyo, de vuelta por la galería, como borracho, vacilante...

Se calmó. Le desvaneció la turbación el espectáculo ansiado, al volver á ver la pista.



XVI

Ya piafaba en ella la jaquita negra llena de cascabeles y atalajada de correajes blancos. Elia apareció de *jockey*, como un muchacho, con la ancha blusa y la gorra de raso verde, encaracolada de tirabuzones la melena. Enviaba besos, saludaba á Rodrigo. Inmediatamente, sin haber cesado de hacer piruetas y reverencias, se acercó á *Kaiser*, montó, y al son de la música se emprendió un galope. Festeiaba al público, á Rodrigo también al pasar, con la gorra en una mano—tan linda la muchacha, tan graciosa, que cautivaba á todo el mundo con su sonrisa dulce. En mitad del ruedo estallaba la larga fusta del director.

No tardó Rodrigo en observar que la jaca, sin embargo, se paraba después de cada trabajo, ó galopaba mas á prisa ó más despacio, antes obedeciendo á la orqaesta que al látigo. De rodillas

vió repentinamente á Elia sobre el ancho lomo de *Kaiser* á la carrera, mientras se sujetaba con las manos á las correas con asa que le servían para variar de posición. Menos mal, así era difícil una caída, con tal de que se cogiese bien... Pero como de repente vió que en uno de los vaivenes del cuerpo de Elia, que seguía los violentos impulsos del caballo, ella se arrojaba hasta tocar tierra con la punta de los pies, botando en seguida encima y repitiendo esto en dos vueltas á la pista, empezó á juzgar menos sencillo el ejercicio. Parado *Kaiser*, Elia se volvía siempre á saludar á Rodrigo, hasta que arrancaba á un nuevo ritmo de la música. Rodrigo recordó el potro negro que mató á la madre de su amiguita en Lisboa.

Faltábale recorrer la escala entera de la admiración. Por algo se anunciaba á Elia como «asombrosa artista» en tan grandes letras como á la Barton. Aquella niña de once años ejecutaba todo lo que en esta clase de trabajos se había hecho hasta entonces por *jockeys* de veinte. Por eso, prescindiendo de nimiedades, viósela de pie sobre la jaca, azuzándola con *¡haps! ¡haps!* de fingido espanto, mientras retenía la brida y parecía, encor-

vada, vacilar siguiendo los impulsos del galope; viósela erguirse después, los brazos hacia arriba, triunfante y flameando la gorra al recoger los aplausos.

Luego se dedicó á una tarea incomprensible para Rodrigo; agachábase, desabrochaba una correa y la lanzaba atrás en la carrera; se inclinaba y volvía á quitar otro arnés; y, en fin, abrazada al ancho cuello del animal, cuyos ojos combos llameaban, le despojó de los cascabeles y de la brida, dejándolo en pelo—para seguir ella encima en un pie, como amazona de los aires, mientras *Kaisser*, alargando la cabeza, corría veloz con la nariz abierta y la crin tendida, al modo de un fugitivo salvaje de las pampas. Un salto mortal... otro... Y el público palmoteaba y enronquecía de vítores... hasta que al tercer salto quedó Elia, desde el caballo, en el centro de la pista, graciosa, sonriente...

La ovación era enorme. Rodrigo se ahogaba, mirando casi con ira de dolor á Elia, que le sonreía. Su alma protestaba de estos ejercicios vertiginosamente bárbaros, que parecían reservarle exclusivamente á ella.

¿Y no había terminado aún? ¿A qué nueva y

mayor atrocidad iban á obligarla, puesto que aquello había ido en una gradación hacia lo horrible?

Se trataba de un salto que desde la arena la quedara de pie sobre el caballo á escape. Siendo la artista tan pequeña, se necesitaba que *Kaisser* corriera cuanto podía, á fin de que al tenderse é inclinarse en el círculo de la pista, se hiciese más accesible. Ya el aire loco de la orquesta y los latigazos del director le habían lanzado, velocísimo, como una centella, en la lluvia de tierra que despedían los cascos. Elia, que comprendió sin duda la congoja de su amigo, procuró tranquilizarle con una sonrisa más dulce, ebria y segura de sí, con el halago incesante de los aplausos.—Se perfiló con *Kaiser*, corrió y se lanzó sobre él, dando un penetrante grito...

Y el grito encontró inmediatamente un eco formidable y espantoso en el circo entero—que se levantó de horror: se había visto á Elia resbalar sobre la jaca... entre sus patas después, allí sacudida y pisoteada y lanzada al centro de la pista, exánime.

Fué un segundo. *Kaiser* se paró dando botes, y el director y unos cuantos artistas se precipitaron hacia la niña...

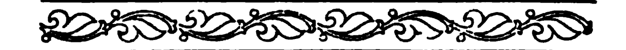
Lloraba y pateaba Rodrigo, desesperado, en el tumulto del público. Lloraba mucha gente. Lloraban las señoras en las plateas... A través de las lágrimas, cuando iniciada por la compasión una dispersión general, Petra, doña Luz y Josefina, recogida al paso, salían, vió todavía Rodrigo la gorrita verde de la niña á un lado, mientras que á ella la transportaba un grupo de gente—entre cuyos cuerpos descubríase, colgando, llena de sangre, la rubia cabecita.

—«¡Como su madre!»—pensó Rodrigo refregándose los ojos con el pañuelo después que hubo el grupo desaparecido en el interior... Sentíase cobarde para escapar á verla, á besar á la pobre amiguita suya...

—«¡Como su madre!»

Una noticia le llegó en la puerta. Una noticia que aumentó su aflicción y que le hizo llorar más *por el miedo á que muriese*:

«¡Vivía miss Elia!»



XVII

Sigilosa, riente, perversa la curiosidad en su cara, abrió el falsete Gloria y entró en la alcoba. Rodrigo volvió sobre la almohada la cabeza.

—¡Qué! ¿El agua, hombre!

—Pues ¿y mi ama Charo?

—Durmiendo. ¿Qué tal de circo? ¿Quieres tú que las viejas velen á estas horas?

Colocó en la mesa de noche la copa y la botella.

No se iba Gloria, riéndose entre mirar al suelo y á alguien que estuviese por fuera del falsete.

—¿Quién es?—preguntó receloso Rodrigo.

Vicenta, la otra criada, entró de puntillas con la misma expresión maligna en su ancho semblante de bruta picado de viruela.

Se contemplaban las dos, invitándose mutua-

mente á preguntar algo, y un puf de reprimida risa las doblaba contra las rodillas.

Por último, se le encaró Gloria en cómica seriedad de maestra que reprende:

—¡Y muy bien, niñito! De modo que no le basta á usted andar de caza por los tejados, como los gatos con dolor de muelas, sino que se esconde con las señoras guapas que visitan á mamá. ¿Puede saberse qué hacían ustedes en el gabinete?

Un poco más que comprendió en otros días las intenciones de Gloria, mas no del todo, comprendió Rodrigo esta pregunta; y en los ojos de Gloria veía una picaresca decisión tan intensa que le alucinaba.

Enrojeció en oleadas de vergüenza, que le llenaron de un fuego dulce las mejillas y las sienes. Despertaba su asombro de marea de vida. Sorprendíale que le ruborizase el hallar sorprendida y escandalizada á Gloria por los besos de Josefina; y fijo en Gloria seguía—hipnotizado con el presentimiento de que aquel gran misterio fugitivo en la desnudez mágica de la Barton. Tal misterio se le aparecía otra vez en la actitud burlesca de estas dos mujeres, que llegaban calladas en el silencio, cual si

los rezos de antes de dormir le hubiesen conjurado esta noche alrededor de la cama blanca dos diablos, en lugar de dos arcángeles.

—¿Qué te hacía doña Josefina?—preguntó también Vicenta con igual cínica pudibundez.

Y esta fué la señal para que Gloria se desatase en horrores, queda la voz á fin de no despertar en la contigua alcoba al ama Charo:

—¡Doña Josefina! O á ella él. Es un santito más largo que *el día la juncia*. ¡Mírale, que no ha roto un plato!... ¡Claro! Le va mejor de niño chiquitín, con sus trece añazos en el rabo: porque así, á lo tonto á lo tonto, se deja besar y tentar por las señoras, y se arrima á las faldas que es una bendición de Dios. Y no le arriendo yo la ganancia con el tonto á las... muy zorras que lo soban y le besuquean, creyendo que no sabe lo que se pesca: cuando á lo mejor baja de los tejados aprendiendo con las titiriteras á *encargar niños á París*. Si te lo traen, nosotras iremos al bautizo, ¿sabes?... Y otra vez le dices á doña Josefina que cierre por dentro, tú, para no tener que poner á la gente colorada...; lo mismo que te avisamos que ésta y yo cerramos desde esta noche por dentro, no sea

que despertamos á lo mejor contigo entre las patas!

—¡Uaá!... ¡Puercas!—gritó el chiquillo en el colmo de la ira, sentándose en el lecho y dispuesto á llamar. ¡So puercas!

Pero cuando buscaban sus ojos algo que tirarles, ya las dos habían salido en un huracán de faldas, con un holgorio de risas y de pisotones que se perdió á lo largo del pasillo.

Rodrigo permaneció sentado, ambas manos atrás, apoyadas sobre el almohadón, en la misma posición rabiosa que le dejaron.

Un gesto de dolor, de torcedura, contraía su frente y dilataba sus labios, con los dientes apretados, con los ojos fijos en la contemplación áspera y brusca de un cuadro desagradable.

La *revelación* quedaba hecha por *estas reveladoras*; la revelación del gran misterio que había hervido algunas veces en la sangre del niño.

Pero quedaba hecha de un martillazo. De un modo brutal, forzado; ni siquiera con la violencia pasional que horas antes pudo surgir de *otras reveladoras*—dicha á besos entre los labios de una mujer hermosa, ni aun con la violencia de un

cuerpo desnudo visto repentinamente entre disculpas de músicas y colores... Quedaba hecha con la violencia repugnantísima y canallesca y grosera de las palabras saltando en burla, en escarnio.

¡Por eso quedaba triste el niño, sintiéndolo, pero sin comprender que le habían arrebatado de la vida un goce supremo é infinito de virginidad, á que le llevaban por poéticas é insensibles gradaciones para más tarde los ojos verdes de otra niña: ¡la Naturaleza!

Pesetas.

BARK (Ernesto):
Filosofía del placer........................ 3
La Invisible (novela contemporánea) 3

BARRIOBERO Y HERRAN (Eduardo):
Cervantes de levita (crítica social)............ 1
Misterios del mundo (Filosofía del suicidio)... 1
Don Quijote de la mancha (comedia lírica sobre la base de la obra del inmortal Cervantes)............................ 3
Guerrero y algunos episodios de su vida milagrosa (novela documentaria)............. 2

BRAVO (Emilio):
Sueños y realidades (novela).................. 1

BRAVO CARBONELL (J.):
El Toledano Rojas, obra premiada........... 3

BUENO (Manuel):
Almas y paisajes (cuentos)................... 2 50
A ras de tierra.......................... 1

CALONGE (Enrique):
De una vida (cuarteleras)................. 1

CAMBA (Francisco):
Camino adelante (novela).................. 2

CANOVAS Y VALLEJO (José):
Cuentos de éste......................... 250
El compañero de viaje.................... 2

CARRETERO (Manuel):
El Triunfo de la Vida (novela), con ilustraciones de Romero de Torres............... 3
La espuma de Venus (cuentos)............. 0 50

	Pesetas.
CESTERO (Julio M.):	
Sangre de primavera....................	3
CIGES APARICIO (M.):	
Los vencedores (novela)................	3
DARIO (Rubén):	
Azul..................................	1
Opiniones.............................	3 50
Los raros.............................	2
DIAZ CANEJA (Juan):	
La cumbre (novela)....................	3
DICENTA (Joaquín):	
De piedra á piedra (cuentos)...........	3
Crónicas..............................	2
Cuentos...............................	0 25
DOMINICI (Pedro César):	
La tristeza voluptuosa (novela)........	2
Dyonisos (novela)......................	5
El triunfo del ideal (novela)..........	5
D'ORS (Eugenio):	
La muerte de Isidro Nonell (Narraciones arbitrarias)........................	3
FERRANDIZ (José):	
Memorias de una monja (novela)..........	2
Manuscrito de una monja (ídem)..........	2
La muerte del microbio.—Mendicidad......	3
FERNANDEZ VAAMONDE (Emilio):	
Al vuelo (cuentos y apuntes)............	2
FRANCES (José):	
Guignol (teatro para leer)..............	1 50

	Pesetas.
GARCIA SANCHIZ (Federico):	
Por tierra fragosa	1 50
Las siestas del cañaveral	1 50
GONZALEZ ANAYA (Salvador):	
Rebelión (novela)	3 50
Los alquimistas. Estudio sobre la alquimia y sus adeptos	2
GONZALEZ BLANCO (Edmundo):	
Las iglesias del Estado	1
GONZALEZ HERVÁS (Juan):	
Vértigo en altura	2
HÉCTOR ABREU (Manuel):	
Aves de paso (novela)	3 50
Novelerías	3
Amazona (novela)	3
El Espada (novela del toreo)	3
Dominio de faldas (psicología masculina)	2
HEREDIA (Rafael):	
A toda máquina	1 50
HERNANDEZ CATÁ (Alfonso):	
Cuentos pasionales	1 50
HERRERO DE VIDAL (Melchora):	
Para las mujeres (Reflexiones y consejos)	2
HOYOS Y VINENT (Antonio):	
Frivolidad (novela)	3 50
Mors in vita (novela)	4
A flor de piel (novela)	3 50
HUERTOS (Luis G.):	
Hampa (novela)	2
Rerum (prosas)	2

Pesetas.

ICAZA (Francisco A. de):
Exámen de criticos........................ 2

IGLESIA VARO (Antonio de la):
Angustias Salazar (novela)................... 3

INSÚA (Alberto):
Don Quijote en los Alpes (viajes)............. 3
Historia de un escéptico
En tierra de Santos (novela)................ 3
La hora trágica (novela)..................... 3

INSÚA (Waldo A.):
Deseada (novela).......................... 3
Alma nueva (novela)....................... 1 50

LABALLE COBO (Jorge):
Voces perdidas........................... 4

LA IGLESIA (Gustavo):
Caracteres del anarquismo en la actualidad.. 6

LARRUBIERA (Alejandro):
Camino del pecado (novela)................ 2

LEYVA (Nicolás):
Cuentos en papel de oficio................. 3

LOPEZ AYDILLO (Eugenio):
Galicia ante la solidadridad................ 1 50

LOPEZ BALLESTEROS (Luis):
La cueva de los buhos (novela):............ 3
Lucha extraña............................ 3

LOPEZ ORTIZ DE LEON (Angel):
Arpegios................................. 2

	Pesetas
LOPEZ DE HARO (Rafael):	
En un lugar de la mancha (novela manchega)	2
Dominadoras (novela).........	3
El salto de la novia (novela).................	3
LORIENT (Myrtil):	
El dependiente..........................	1
La mujer educada........................	1
MARTIN RUIZ (Leocadio):	
Tierra sultana (prosas)....................	1 50
MARTINEZ OLMEDILLA (Augusto):	
La caída de la mujer (novela).............	3
Memorias de un afrancesado (idem),........	3
Salvador Rueda,—Su significación, su vida, sus obras,..............................	0 25
MARTINEZ-RUIZ (José) «Azorín»	
Los hidalgos (La vida en el siglo XVII).	1 50
MARTINEZ SIERRA (Gregorio):	
Teatro de Ensueño	4
Motivos....................................	5
La tristeza del Quijote......................	4
Hamlet y el cuerpo de Sara Bernhardt......	2
Pascua Florida...........................	2
La feria de Neuilly.......................	4
Aldea ilusoria............................	4
MELIÁ (Juan A.):	
Alma rebelde.............................	3
MESA (Enrique de):	
Flor pagana...............................	3
MIRÓ (Gabriel):	
Del vivir (novela).........................	2

	Pesetas.
MORENO (Francisco), *Doctor Moorne*:	
Biblioteca de Estudios Orientales.	
I *La impostura religiosa*. El génesis y sus falsas interpretaciones................	3
II La evolución simio-humana y el desarrollo de la Inteligencia en el hombre....	4
III *La impostura sacerdotal*. Origenes del cristianismo y su derivación.........	3
MUÑOZ (Isaac):	
Vida (novela)	1
Voluptuosidad (novela)....................	3
Morena y trágica (idem)....................	3
El Libro de las victorias..—Diálogos sobre las cosas y sobre el más allá de las cosas....	3
MUÑOZ SAN ROMAN (José):	
Sequia (novela andaluza).................	4
MURGER Y BARRIERE:	
La bohemia (comedia en cuatro actos)........	2
NERVO (Amado):	
Almas que pasan (últimas prosas)	3 50
Otras vidas (novelas cortas)................	3 50
ORTIZ DE PINEDO (Adelardo):	
La sima (novela).........................	2
Oriente 1953 (novela)......................	2
PALOMERO (Antonio):	
Mi bastón y otras cosas por el estilo..........	2 50
PAMPLONA ESCUDERO (Rafael):	
Juego de damas (novela)...................	3
PARDO BAZAN (Emilia):	
La sirena negra (novela)	3 50

	Pesetas.
PEDROSA (Ricardo):	
Amor es vida (novela)	2 50
QUILIS PASTOR (José):	
Alborada (novela)	1 50
RAMIREZ ANGEL (Emiliano):	
La tirana (novela)	1
Madrid sentimental (prosas)	1 50
RAMOS (Fernando) y **BRAVO** (Marcelino):	
Alma y carne (novela extremeña)	2
RÉPIDE (Pedro de):	
La enamorada indiscreta.—Agua en cestillo.—No hay fuerza contra el amor. (Tres novelas en un tomo)	3
RÓDENAS (Miguel A.):	
Tierras de paz	3
Romeros del dolor (novela)	1 50
RODRIGUEZ AVECILLA (C.):	
Rincón de humildes (crónica de un viejo café.	2 50
RUSIÑOL (Santiago):	
Pájaros de barro	5
Desde el molino (impresiones de arte)	5
La madre.—Cigarras y hormigas (drama)	3 50
Desde el molino (edición económica)	1
Vida y dulzura (comedia)	2
Buena gente (comedia en cuatro actos).—El enfermo crónico (comedia en un acto)	5
La fea (drama en tres actos).—El buen policía (comedia en dos actos)	5
SALAZAR (Rodolfo):	
Risas y lágrimas (novela en cuatro capítulos).	0 50

	Pesetas.
SALVADOR Y RAMON (José):	
Siluetas ácratas	1 50
SASSONE (Felipe):	
Malos amores (novela)	1
Almas de fuego (novelas cortas)	3
Vórtice de amor (novela)	3
SHAWA (Miguel):	
Ave fémina	1
SILES (José de):	
La novia de Luzbel	1
La casa de la alegría	1
El lobo y la oveja	1
El drama del Calvario (leyendas místicas)	1
Boda buena y boda mala	1
El cincel y la paleta	1
Acuarelas del redondel (narraciones taurinas)	1
Cielos y abismos	1
Memorias de un patriota	1
La estatua de nieve	1
La copa de veneno	1
El paraíso de los pobres	1
La hija del fango (novela)	1
Historias de amor	1
El asesino de Lázara	1
La pícara Cornelia (novela picaresca)	1
El barón de chicha y nabo (idem)	1
La niña del fraile (idem)	1
SYLVA (Carmen):	
El haya roja (novelas cortas)	[illegible]

	Pesetas.
SUAREZ DE PUGA (Antonio:	
Pan de centeno (novela gallega)...........	2
TRIGO (Felipe):	
Las ingenuas (novela), dos tomos.............	7
La sed de amar (novela)....................	3 50
Alma en las labios (novela)................	3 50
Del frío al fuego (ellas á bordo), novela......	3 50
La Altísima (novela).....................	3 50
El amor en la vida y en los libros............	3
Socialismo individualista..................	3
La Bruta (novela).......................	3 50
La de los ojos color de uva (novela).........	3
El Barón de Lavos (novela de Abel Botelho traducida del portugués, 2 tomos).......	6
URBANO (Rafael):	
Sello de Salomón (un regalo de los dioses)..	2
VARCARCEL (Manuel) y MARTIN DE SALAZAR (Julián):	
Amelia (novela).........................	2
VALLE-INCLAN (Ramón del):	
Sonata de Primavera (novela)..............	2
Sonata de Estío (idem)....................	2
Sonata de Otoño (idem)...................	2
Sonata de Invierno (idem).................	2
Flor de Santidad (idem)..................	2
Aguila de blasón (idem)..................	3 50
Jardín novelesco.—Historia de santos: de almas en pena: de duendes y de ladrones..	3 50
Jardín umbrío............................	0 75

	Pesetas.
El Marqués de Bradomín (novela)	3 50
Historias perversas	2
Romance de lobos (novela)	3 50
VASSEUR (Alvaro Armando): *Américo Llanos.*	
El memorial (prosas)	3
VICENTE (Angeles):	
Teresilla (novela)	2
Los Buitres (cuentos)	2
VIDAL (Pepita):	
Cosas que pasan (prosa ligera)	2 50
VILLAESPESA (Francisco):	
Zarza florida (novela)	2 50
La Gioconda (comedia de D'Annuzzio, traducida del italiano)	3 50
VILLEGAS (Manuel F.):	
Flerit super illam (novela)	3
VILLEGAS Y BERMUDEZ DE CASTRO (Ramón):	
Géminis (novelas cortas)	3
ZAMACOIS (Eduardo):	
Río abajo (prosas)	3
Punto negro (novela)	3
Desde el arroyo (crónicas)	1
Tik-Nay. El payaso inimitable	3
Desde mi butaca	3
ZAYAS (Antonio):	
Ensayos de crítica histórica y literaria	3 50

OBRAS DE FELIPE TRIGO

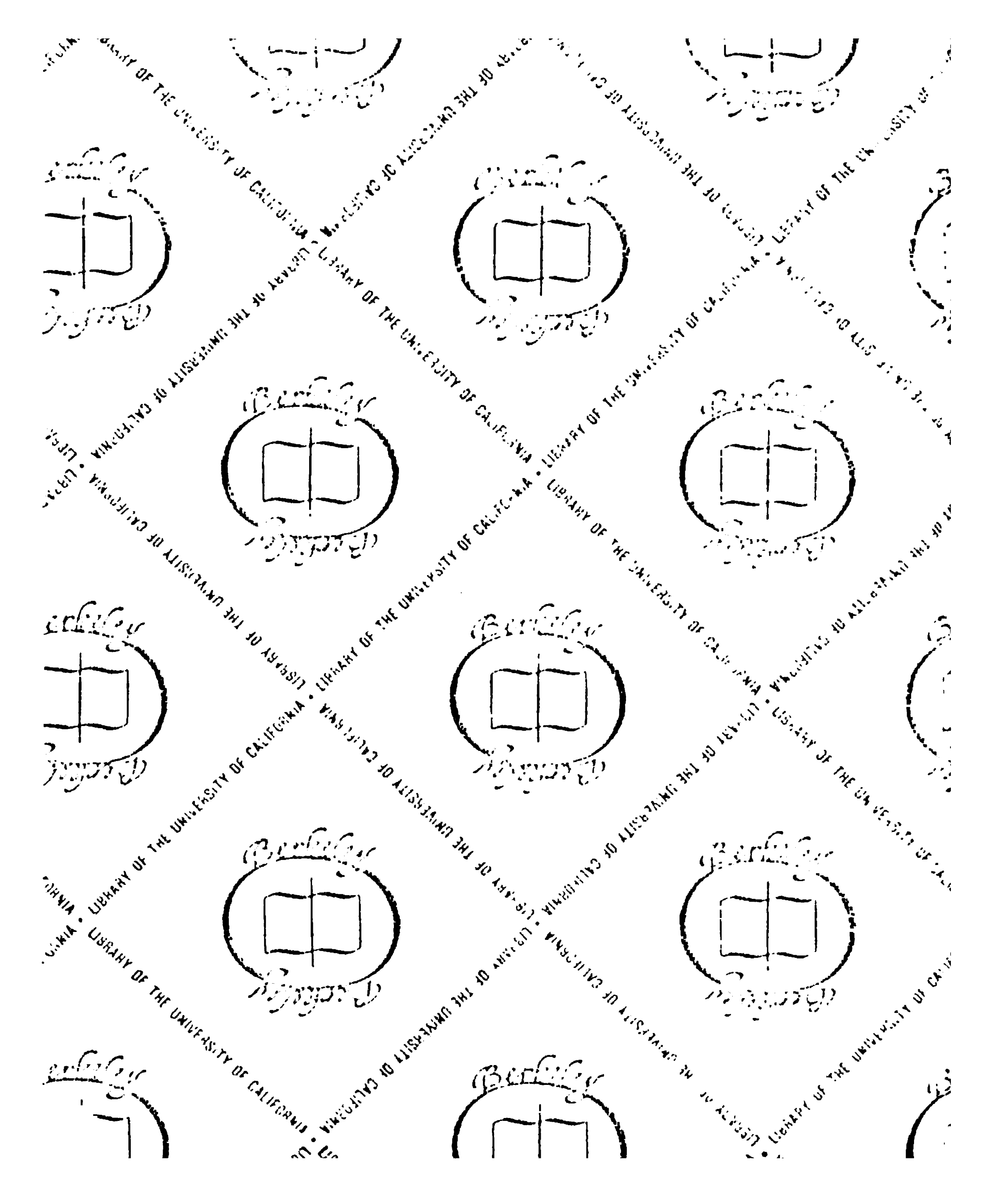
Las Ingenuas, dos tomos, novela (cuarta edición), 7 pesetas.
La Sed de Amar, novela (segunda edición), 3,50 pesetas.
Alma en los labios, novela, 3,50 ptas.
Del frío al fuego, novela, 3,50 ptas.
Socialismo individualista (segunda edición), 3 pesetas.
La Altísima, novela, 3,50 ptas.
La bruta (Héroes de ahora), novela, 3,50 ptas.
La de los ojos color de uva, novela, 3 ptas.
El barón de Lavos, novela portuguesa de Abel Bothelo (traducción).

En preparación:

A todo honor, novela.
Lo horrible, novela.






LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA
Berkeley

